1 PTA.
EDICIONES BISTAGNE
EL CABALLERO DE LA NOCHE
JOSE MOJICA
MONA MARIS

EL CABALLERO DE LA NOCHE

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

IMPRENTA INDUSTRIAL - ARIBAU, 155 - TELEF. 76307 - BARCELONA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18881 - BARCELONA

El caballero de la noche

Extraordinaria superproducción, de amor y aventuras, hablada y cantada en español, y basada en la obra

DICK TURPIN

de CHARLES DARNTON y CHARLES KANYON, música y letra de WILLIAM KERNELL y TROY SANDERS

Dirección de

JAMES TINLING

Es un film FOX

(Oro de ley de la pantalla)

Distribuido por

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 280

BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

INTERPRETES PRINCIPALES:

Dick Turpin	JOSÉ MOJICA
Lady Elena	MONA MARIS
Conde Churlton	ANDRÉS DE SEGUROLA
Barón Fenwick	Romualdo Tirado
Tom King	Manuel París

El caballero de la noche

ARGUMENTO DE LA PELICULA

Era en los tiempos de la Inglaterra feudal. Las ejecuciones estaban a la orden del día. Aquella mañana de primavera iba a ser ahorcado un hombre que había cometido un delito vulgar que en un régimen de libertad merecería sólo una pequeña sanción, pero que bajo la tiranía que reinaba en el país, era castigado con la muerte.

El pueblo pierde su sensibilidad en la contemplación de los espectáculos macabros. La gran plaza estaba radiante de una multitud que tenía los ojos fijos en la horca que extendía su ángulo siniestro en uno de sus lados. Grupos bullangueros, plebe alborotada y nerviosa, pretendían encontrar un buen sitio para presenciar la ejecución. En el fondo del alma popular dormía oculta la protesta contra la barbarie de los señores, dueños de horca y cuchillo, para quienes no había nada respetable. Pero la fuerza de la costumbre, la habituación a la esclavitud, acallaban todos los ímpetus rebeldes y la masa se dejaba conducir por el látigo implacable de los tiranos.

Mañana de sol, fiesta, muchedumbre, mujeres de ojos alegres,

ansiosas de vivir y de amar... ¿Qué importaba que un ser humano, conducido en una carreta, avanzase hacia el patíbulo? La llegada de la muerte tiene también cierta voluptuosidad, como un placer de almas primitivas.

Las voces se confundían con el acento alborotado de todos los ritmos del pueblo:

Camino de la plaza real
Marchamos todos con loco afán
Y la ilusión de contemplar
Al pobre diablo que van a ahorcar.
Con la botella para beber
Alegres todos vamos a ver
Bailar colgado y gesticular
Al pobre diablo que van a ahorcar.

Sólo la voz de un viejo se levantó, en un afán de protesta que contrastaba con la anónima resignación.

Matar a un hombre por robar
Un trozo de pan para su hogar.
¡Dios mío! ¡Qué gran atrocidad!
¡Jamás se ha visto cosa igual!

Pero nadie hizo caso de su lamentación, y el pueblo, que adora todas las fiestas espectaculares, de cualquier índole y condición, se acomodó lo mejor que le fué posible para presenciar la última mueca del condenado al ser suspendido de la cuerda que el verdugo iba a tirar con una delectación de hombre enamorado de su oficio.

En un estrado colocado en el lugar de mayor visualidad de la plaza, se hallaban el conde de Churlton y el barón Fenwick, dos personajes de la Corte inglesa, cuyas ropas bordadas en oro y de sedas brillantísimas, contrastaban con el ambiente de pobreza que se respiraba en todas partes.

El conde, hombre de unos cincuenta años, sonreía viendo cómo el condenado a muerte subía las escaleras del patíbulo. ¡Magnífico! Era preciso escarmentar a la canalla, hacerle comprender que no habría perdón para la menor trapacería.

Era Churlton gobernador de aquella provincia inglesa, y tenía facultades omnímodas para aplicar la ley, y lo hacía siempre en el sentido más duro y riguroso. Que no le fuesen a él con peticiones de indulto, pues las rechazaba todas con un deseo ferviente de exterminar a cuantos se salían del concepto extricto de los códigos.

Miró a su amigo, el barón Fenwick, una personilla menuda, de edad parecida a la suya y a quien dijo:

Un gran ejemplo vamos a dar
Con el bandido que ahora van a ahorcar.

Fenwick sonrió y repuso:

Al vulgo así tenéis que tratar,
Debéis estricta justicia aplicar.

El verdugo, vestigo de rojo y con la cabeza oculta por siniestro ca-

puchón, lanzó un grito feroz y repugnante, que tenía cierta evocación del graznido del cuervo:

¡Qué buena suerte tengo yo!
Hoy otro más que me toca ahorcar.
¡Qué borrachera hoy me espera
con el dinero que he de ganar!

Los preparativos para la ejecución llegaban a su término. En la multitud había el flujo y reflujo de las agitaciones y entusiasmos populares. Todo el mundo se empinaba para ver; buscaba afanosamente un sitio por donde no se le pudiera escapar detalle del último minuto del condenado. En algunas mujeres había, sin embargo, una cierta piedad, un parpadeo nervioso de sus ojos, como si fuesen a llorar bajo la violencia envenenada del espectáculo.

Una muchachita, tal vez una de las más bellas del lugar, se lamentaba de que su novio se hubiera detenido allí, en vez de continuar el camino hacia donde iban.

Dijiste que íbamos a bailar,
Hoy que la feria va a comenzar.

Y él repuso con gran risa:

Mejor es ver al que van a ahorcar
Sacar la lengua y patalear.

El verdugo iba a comenzar su trabajo; arregló la cuerda, se cercioró de que funcionaba rápidamente, con la más impecable perfección. Y el que iba a morir, tan pronto lanzando miradas a la soga como al pueblo que rugía ante el espectáculo gratuito, se lamentaba con una voz de entonaciones funerarias:

Muy divertido esto debe ser,
El pueblo contento lo viene a ver;
Mas no es divertido el aquí confesar
Que soy el hombre que van a ahorcar.

Sonaron risas y también algunas voces de compasión. La voz que extinguía sus últimos ecos, muchos no la olvidarían nunca.

Insensible a toda emoción, el conde Charlton aspiraba pequeñas dosis de rapé que extraía de una cajita de oro y marfil.

—A fe de Dios, barón Fenwick —comentó—, que Inglaterra debiera levantar una horca en cada encrucijada. Sería una saludable medida de gobierno.

—Opino como vos.

Una vendedora se acercó a los aristócratas con su cajita de madera que sostenía entre sus manos.

—¿Quiere dulces, Excelencia? —le dijo al conde.

Este la rechazó con energía:

—¡No! ¡Largo de aquí!

Pero la mujer, en cuyo rostro se veían retratadas todas las pesadumbres del hambre, insistió con el deseo de hacer una venta, por modesta que fuera:

—Sólo un penique, milord...

—¡He dicho que no!

Y contrariado por la pesadez de la vendedora, pegó rudamente con su bastón contra la caja, haciéndola escapar de las manos de la mujer y esparciendo por el suelo todos los dulces, de los cuales pronto dieron cuenta unos traviesos chiquillos.

La pobre, empujada brutalmente por unos soldados, fué retirada de allí, mientras varios paisanos que habían presenciado la rápida escena, lanzaban destellos de odio contra aquel hombre sin corazón.

Churlton olvidó presto el incidente. Sus ojos estaban fijos en la horca. Fenwick, el barón, con ánimo de adularle, le dijo:

—Hombres de vuestro temple, conde Churlton, son los que hacen de Inglaterra un país honorable, donde, como es justicia, puedan los señores disfrutar en paz sus propiedades.

—Algo me falta para coronar mi empresa: existe un tal Dick Turpin...

—No me lo nombréis... El mayor bribón de estos contornos... el más difícil de cazar.

—Pero un día u otro lo atraparemos.

Entretanto, en las calles que afluían a la plaza, se aglomeraba también la gente, aunque no con tanta intensidad. Los vendedores se multiplicaban ofreciendo al pueblo toda clase de artículos.

—¡Manzanas! ¡Manzanas!—decía una mujer—. ¿Quién las quiere?... ¡Manzanas!... ¿Quién quiere manzanas? ¡Manzanas!

Dos hombres pasaron ante la vendedora. Ambos eran jóvenes. El uno, apuesto y arrogante, muy moreno, de magnífico cabello ensortijado, ojos negros y ardientes, y labios fuertes, dominadores, entreabiertos con una sonrisa burlona que dejaba ver una dentadura bien cuidada. El otro, que parecía su criado, le contemplaba con cierto temor, pendiente tal vez de las resoluciones de su dueño.

Saludando con gesto generoso a los que pasaban, el primero compró unas manzanas a la vendedora y ésta le contempló con verdadera devoción, murmurando como si pronunciase una plegaria:

—¡Dios te guarde, Dick Turpin!

—¡Y a ti!

El acompañante de Dick contempló furioso a la vendedora. Pero ¿cuándo aprenderían las mujeres a callar o por lo menos a hablar en voz baja?

—Todos habéis de llamarle por su nombre en las mismas barbas de los guardias. ¡Cuidado que sois imprudentes!—la recriminó.

—Yo lo hice sin mala intención...

—Pero podías comprender...

Dick no hizo caso del diálogo y continuó avanzando con alegre son-

risa, mientras mordisqueaba la fruta.

Parecía aquel hombre la verdadera estampa de la juventud. Contemplaba a todo el mundo afectuosamente y se volvía a mirar a las lindas mujeres que en aquella plaza cercana, donde triunfaba la muerte, ponían su palpitación de vida y su promesa de eternidad.

La vista de una bella moza de brazos desnudos, blanca y hechicera, hizo virar en redondo a Dick, quien comentó luego con su acompañante, que no era otro que Tom, su escudero:

—Oye, ¿te has fijado en qué par de brazos para sentirlos alrededor del cuello?

—¿Alrededor del cuello?.. La soga es lo que vas a sentir alrededor del pescuezo como te descubran...

—¡Bah! ¿Tú crees que los perros buscan la caza en sus mismas perreras?

Y acompañó sus palabras riendo y dándole con la manzana en la frente.

Dick era el ídolo del pueblo, el hombre que entre las sombras de la esclavitud y de la tiranía, encendía la luz de las libertades más bellas. Quijotesco y romántico, era conocido por "El caballero de la noche", pues muchas de sus hazañas tenían lugar cuando las sombras se extendían por la tierra. Dick asaltaba a los ricos para favorecer a los pobres. En medio de una sociedad mal organizada y desigual, se tomaba la justicia por su mano; era el bandido que desvalijaba a los que poseían fortunas, casi sin preocuparse de su persona, y hacía pasar íntegro el dinero a los dolientes.

Cuando en medio de los caminos asaltaba diligencias, se presentaba oculto en un disfraz, completamente negro, con un antifaz que cubría su rostro, dejando sólo libres los ojos y la boca sonriente que se abría con una mueca de burla.

Un aire de leyenda envolvía a aquella especie de caudillo popular, al margen de la ley, pero que, románticamente, obraba según su propia conciencia en aquel mundo feudal donde sólo era atendido el derecho del más fuerte.

En vano la Justicia había tratado de perseguirle, de darle alcance; se le escapaba en las propias barbas, agregando al delito la burla.

Constituía el terror de las autoridades, que temían que aquel hombre soliviantase al pueblo y excitase sus dormidas energías.

Bien ajeno a que cerca de allí anduviese el odiado adversario, el conde Churlton seguía diciendo a su amigo el barón:

—Ese hombre es una continua amenaza para las gentes respeta-

bles. ¡Que Dios le asista el día en que yo le eche el guante!

Dick llegó, entretanto, hasta muy cerca de la plaza. Un pobre vendedor tullido pregonaba entre la indiferencia general su mercancía. Vendía coplas relacionadas con la ejecución. Con voz lastimera y aguardentosa, gruñía:

—¡A ochavo el pliego!... ¡La última balada sobre la ejecución de Bob Moore!... ¿Quién la quiere adquirir?

Dick y su escudero se detuvieron sonrientes ante aquel inválido, quien, dirigiéndose a Dick, le suplicó:

—Señor, señor, cómpreme algo. ¿Quiere usted auxiliar a un pobre soldado inútil con ocho hijos?

—¿Con ocho hijos?—dijo Dick, riendo—. ¡Pues no es usted tan inútil, amigo! ¡Eh, Tom! ¡Dale algo a este propagador de la especie!

—Vamos a oírlo — dijo Tom dando una cantidad al desvalido.

—¡Gracias, Dick Turpin!—murmuró el pobre contemplando con ojos emocionados a aquel generoso protector, cuya limosna espléndida indicaba que no podía ser otro que el caudillo de los afligidos.

Tom se llevó las manos a la cabeza, lamentando que todo el mundo descubriera la personalidad de su amo, pero a Dick no pareció desagradarle aquella popularidad y continuó allí, sin miedo alguno al peligro.

—Voy a cantarle algo en su obsequio, señor.

Y el coplero, con una voz desdichada, comenzó a chillar:

¿Quién es el culpable ante el noble [y el rey?
¡Es el pobre! ¡Sólo el pobre!

Dick le arrebató el papel y le dijo:

—Mal termina quien empieza así. ¡Trae acá, trae acá!... Hay que dar más ánimo, más vida a la canción. Vas a ver.

Y con una voz fresca, que inmediatamente atrajo gran concurrencia, que fué engrosando hasta formar como una verdadera manifestación, Dick cantó, y cada nota llegó a la plaza contigua, como un reto al poder dominador:

¿Quién es el culpable ante el noble y el [rey?
¡Es el pobre! ¡Sólo el pobre!
¿Quién roba al rico burlando la ley?
¡Es el pobre! ¡Sólo el pobre!
¿Por qué la plebe hambriento siempre [al rico ha de robar?
¿Por qué a una pobre víctima hay mie- [nos van a ahorcar?
¿Quién es la causa estúpida de tanta [atrocidad?
¡Es aquél! ¡Es aquél!

Y entre un griterío imponente señaló el lugar donde se hallaba el conde Churlton, a cuyos oídos habían llegado las notas de la imprudente canción.

Sonriendo siempre, retador y magnífico en su grito de rebelión, Dick prosiguió:

¡Es un ladrón!
El que en medio de la pompa de los no-
[bles
Sabe medrar.
¡Es un ladrón!
El que abusa del poder sobre los pobres
Para robar...
En la cara lleva bien la marca de
Su verdadera profesión.
¡Es un ladrón!
¡Que cobarde tiranía y roba al pueblo
Su libertad!

El pueblo, repentinamente contagiado por aquellas notas bravas y poderosas que ponían al descubierto el alma inflexible y baja del gobernador del condado, empezó a aclamarle con delirante entusiasmo, como si de pronto despertara de su indiferencia o de su contento de antes para darse cuenta de la explotación de que era víctima, del abyecto ser que le mandaba. Y en toda la plaza pareció vibrar como una gran conmoción, con un espectáculo ajeno al de la horca.

La indignación del conde adquirió caracteres de inaudita violencia al escuchar las estrofas insultantes, atrevidas, que le ponían al desnudo, tal como realmente era.

Temblroso, señalaba a los guardias al culpable y gritaba con voz desesperada:

—¡A él! ¡Debe ser Dick Turpin! ¡Detenedme a ese hombre! ¡Detenedle!

No podía distinguir su fisonomía, pues sólo veía de lejos unos brazos que gesticulaban y una cabeza juvenil que se movía al impulso de una voz ardiente.

Los soldados, abriéndose nerviosamente paso con sus bayonetas caladas por entre el pueblo, avanzaron velozmente hacia el sitio donde se hallaba Dick, que seguía cantando.

Tom le instaba para que huyese y se desesperaba ante aquella imprudencia temeraria.

Cuando ya iban a alcanzarle, Dick huyó de aquel sitio para reaparecer momentos después entre otro grupo, encima de un banco de madera, e irguiéndose sobre la multitud para cantar la misma estrofa, mientras señalaba al conde:

¡Es un ladrón!
El que en medio de la pompa de los no-
[bles
Sabe medrar.
¡Ja, ja, ja!

Los guardias lo atropellaban todo, pretendiendo dar caza al cantor que se burlaba de ellos, permaneciendo casi ante sus propias barbas, para huir cuando le iban ya a alcanzar y reaparecer momentos después en otro sitio de la plaza, buscando siempre un escalón, un tonel, algo para erguirse sobre la multitud y continuar su canto de guerra y de burla, mientras seguía

señalando con sus dedos implacables al tirano:

En la cara lleva bien la marca de
Su verdadera profesión.
¡Es un ladrón!
¡Que cobarde tiraniza y roba al pueblo
Su libertad!

Durante cinco minutos el tumulto alborotó la plaza. El gentío, adivinando en aquel muchacho su héroe popular, le aclamaba y aun repetía sus estrofas insultantes y libres. Dick supo esquivar siempre con magnífico arrebato el avance de los guardias, de los que, cuando a copia de duros esfuerzos para abrirse paso entre la multitud estaban a punto de detenerle, se libraba, protegido por el pueblo, para reaparecer no lejos de allí siguiendo su canción burlona y agresiva.

Por fin y después que hubo dado una vuelta completa a la plaza, excitando a todo el mundo con su cantar ardiente y de enérgica protesta, desapareció por una de las calles laterales, seguido del buen Tom, que temía a cada momento que la valentía de su señor le fuera un día fatal y acabase con su vida.

La indignación del conde Churlton ponía en su rostro huellas de color de sangre. Un odio implacable vibraba en su alma contra aquel alborotador que le había llenado de improperios, que había pretendido prender en la muchedumbre la chispa de la rebelión... ¡El infame! ¡Si alguna vez lo alcanzaba, con qué gusto le contemplaría morir!

El pueblo ya no miraba con la indiferencia o la complacencia de antes el espectáculo de la horca. Excitado ahora por las voces de Dick, silbaba y protestaba enérgicamente, y la guardia tuvo que cargar varias veces contra la multitud para acallar sus ímpetus de rebeldía.

Poco después era ejecutado el infeliz ladrón de pan, el padre de familia que para dar sustento a sus hijitos no había vacilado en apoderarse de lo que no era suyo y pagaba su falta con la vida. Allá quedaba suspendido de una cuerda para escarmiento ajeno.

La multitud desfiló silenciosa, pero en su alma el odio encendía sus luces y al paso del gobernador cantaba en silencio la canción de "El caballero de la noche".

¡Es un ladrón!
¡Que cobarde tiraniza y roba al pueblo
Su libertad!

* * *

El conde Churlton y el barón Fenwick se dirigían en coche diligencia hacia el palacio del primero.

El gobernador continuaba sin poder contener la indignación que vibraba en su pecho.

Mientras el carruaje avanzaba por la mal cuidada carretera, el conde murmuraba furioso:

—¿Cuándo se ha visto un atrevimiento semejante?... ¡Alborotar así al populacho!... Faltarle al respeto a una persona de calidad... El mundo está perdido.

—¡Mala suerte que se nos fuera de las manos! — murmuró el barón Fenwick—. Hubiera bebido con gusto una jarra de cerveza mientras le apretasen la soga al cuello. Menos mal, conde, que por otra parte vuestros trabajos están dando el fruto apetecido... Y ya no hay ladrones que se atrevan a...

Distraídamente se puso las manos en los bolsillos y se interrumpió para dar un grito de sorpresa:

—Pero ¿qué es esto?.. ¡Me han robado!

Era tan cómica su actitud, que el conde, a pesar del disgusto que había recibido, no pudo menos de reírse.

—¿Cómo?

—Sí, sí... me han robado... Con las aglomeraciones del tumulto, me han dejado sin mi bolsa.

—¡Pues tiene gracia!—contestó sonriente el conde y olvidando su amargura—. ¡Dejarse robar en pleno día!... ¡Ja, ja, ja! Hombre... Hay que tener un poco de pupila, porque si no...

—¡Oh, claro!

—Ya véis como a mí no me ocurre eso... Porque al que se atreviese conmigo...

El carruaje se detuvo de súbito violentamente, y un hombre misterioso, con la máscara de "El caballero de la noche", apareció por la ventanilla a tiempo que una pistola apuntaba directamente a sus ocupantes:

—¡La bolsa o la vida!

Y Dick, que era el enmascarado, sonreía bajo el negro antifaz.

—Pero, yo... — dijo el conde, desconcertado.

—¡No proteste! ¡Vamos, salgan fuera!

El mismo les abrió la portezue-

la y, siempre amenazándoles con su arma mortífera, les obligó a bajar.

Los cocheros no osaban hacer el menor movimiento ante la energía y procedimientos con que amenazaba el bandido.

Este sonreía dándose cuenta del terror que invadía a los dos nobles. El conde pareció reaccionar y sintió que la llama del odio prendía en su alma contra aquel intruso. ¡El maldito! Pero la vista del arma, pronta a disparar, impidió todas sus protestas.

Dick le quitó la bolsa de oro que llevaba en la faltriquera de su casaca, y al disponerse a registrar los bolsillos del barón Fenwick, éste protestó indignado:

—No encontrará usted nada. Ya me han robado esta mañana...

—¡Ya lo veo... ya!... ¡Ah, malos tiempos corren!... Hay mucha competencia en esta honorable profesión y encuentro los bolsillos de los señores tan vacíos como sus cabezas...

Churlton rechazó aquella humillación, y pretendiendo mantener la dignidad de su alto cargo, aun se atrevió a decir:

—En casa debo tener algún dinero. ¿Acaso quieres que vaya por él?

—No, no se moleste. Ya pasaré yo mismo a recogerlo cualquier día. Pierda cuidado Su Excelencia.

—¡Insolente!

Había abierto el conde la caja de rapé y aspiraba una porción. Pero "El caballero de la noche" le arrebató la cajita de oro y marfil, en la que iba incrustada una miniatura con el retrato de una dama.

—¡Hum!... ¡No está mal!—dijo admirando el retrato al esmalte—. No está mal... del todo... ¡Las hay peores!

—¡Maldito pícaro!... Ya te voy a enseñar yo...—rugió Churlton haciendo ademán de tirar de su espida.

—¡Calma! ¡Calma! ¿Qué es lo que me va a enseñar, Excelencia?... No creo que me quede nada por aprender... Me basta con lo que me enseña esta dama... ¡Hermosos hombros!

—¡Insolente! ¿Te atreves a hablar así de mi prometida?

—¡De mi sobrina! — añadió el barón Fenwick.

En aquel momento pareció oírse un rumor lejano, como pisadas de caballos que avanzasen. Escucharon todos con atención, mas Dick, sin perder su habitual tranquilidad, continuó mirando la miniatura:

—Es tan hermosa esta joven que dudo tanto sea sobrina del uno como prometida del otro. ¡Preciosa miniatura... y encantadora sonrisa!

—¡Ya me las pagarás algún día! Si te llegan a alcanzar mis corchetes...

El rumor se acercaba; ya no había duda de que avanzaban unos jinetes. Sonrió el conde con la alegría de encontrar ayuda para castigar al ladrón. Pero éste no perdió ni un momento la serenidad. Gritó algo a su caballo, y éste, que comprendía perfectamente el lenguaje convencional de su amo, huyó a campo traviesa. Entonces Dick, encañonando de nuevo con su arma a los dos hombres, gritó:

—¡Abra la portezuela, conde!... ¡Adentro! ¡Pronto!... Y tú, cochero, arrea en seguida. Y el que diga una sola palabra se las entenderá con mi pistola... ¡Conque a obedecer todo el mundo!

El tono de su voz no admitía réplica, y a regañadientes tuvieron que entrar en el coche, donde se acomodó también Dick, dando en voz baja instrucciones al conde para cuando apareciesen los jinetes. Y mucho cuidado en confesar algo, porque allí mismo le disparaba un tirito y acababa para siempre con la vida de Su Excelencia...

—¡Maldito!

—Calle usted... ¡y a obedecer!

Instantes después aparecía una patrulla de soldados mandada por un oficial, quien, deteniéndose junto al coche, manifestó el conde, que había sido obligado por Dick a asomarse a la ventanilla:

—¡Señor! ¡Señor! Buscamos a un salteador de caminos.

Churlton no contestó, pero la presión de la pistola que le encañonaba por la espalda, le obligó a responder:

—¿Es posible?

—Sí, milord, al propio Dick Turpin. Se le ha visto en esta dirección. Por fortuna, veo que vuestras señorías no han tenido la desgracia de encontrarle.

—¿En... encontrarle?... Pues... sí!...

Se disponía a confesarlo todo, a decir que allí detrás de él estaba agazapado el terrible bandido, mas una nueva presión en la espalda le advirtió que la pistola dispararía mortífera y sin compasión.

—Digo... no... no...

Era tan angustiosa su voz, tan dolorida la expresión de su rostro, que el militar preguntó con extrañeza:

—¿Os sucede algo, milord?

—Pues sí... digo... no... no... Pero no se quede hecho un tonto. Búsquelo... búsquelo... vaya...

—A eso vamos, señor, y sólo quise cerciorarme de que no había peligrado la seguridad de vuestras señorías... ¡Que Dios les guarde!

La patrulla continuó su rápida marcha, y el conde Churlton, sudoroso de angustia, se dejó caer en el asiento, donde ya se hallaba el barón Fenwick, pálido y tembloro-

so, y el propio Dick Turpin con su eterna sonrisa burlona.

—Bueno, ya se marcharon—dijo Dick—. Supongo que ahora les estoy importunando a ustedes, ¿verdad?... ¿Hablaban de algo importante?

Rebosante de indignación, Churlton le contestó:

—Sí... Hablábamos del inconcebible atrevimiento, de la insospechada avilantez, de la monstruosa osadía, de la...

—Muy bien. No se altere, milord. Conozco la canción y créame que oiría con mucho gusto sus elogios, pero... debo irme. Otros asuntos me reclaman. Sus Excelencias me excusarán que les deje tan pronto.

Y riendo alegremente descendió del carruaje, y mirando al cochero le dió una bolsa con buenas monedas, para que se repartiera el contenido con su compañero.

—Y ahora, despacio y con cuidado, ¿eh?... El hígado del señor conde no está para muchos trotes.

Apareció Churlton por la ventanilla y le dijo con una fiereza agresiva:

—Ya veremos quién ríe el último... Y ya tendré el placer de volver a verte.

Sonó una gran carcajada burlona.

—Siento no poder decir lo mismo, señor... pero ¿quién sabe?

Y se alejó prestamente, desapareciendo por uno de los lados del camino, en busca de su fiel caballo, compañero de todas sus aventuras, y que tantas veces con sus alas veloces le había salvado de la persecución, abriendo a sus plantas la alegría de la libertad.

* * *

En un mesón situado en el camino de Londres y muy cerca de un pueblecillo, reinaba como todas las noches la animación extraordinaria de los que buscan en el calor del vino y en la alegría de las buenas mozas, algo que les haga olvidar la monotonía de una vida de trabajo constante, de eterna repetición.

Varias muchachas, hermosas camareras del bodegón, servían a los parroquianos, que apuraban rápidamente licores y grandes vasos de cerveza.

Las canciones atronaban el am-

biente de una atmósfera llena de fuerte tabaco.

Brindemos siempre a las bellas de Lon-
[dres.
Las que amorosas encantan los hombres.
Cada mujer es copa donde el placer
Nos ofrece el licor del amor.
Brindemos, pues, por las bellas de Lon-
[dres.
Las que disipan las penas de los hom-
[bres.
Son ellas las que alegran la vida
Con el amor.

La canción se repitió varias veces entre un entusiasmo cordial. De pronto entró Dick Turpin, saludando a todo el mundo, teniendo para todos la generosidad de su simpatía irresistible.

Ya no vestía su disfraz de "Caballero de la noche", su rostro estaba descubierto, mostrando sus facciones correctas, sus ojos brillantes, en los que había destellos de hidalguía y de generosidad.

Corrieron todos hacia él, de un modo especial las muchachas del mesón, las lindas camareras que realzaban su belleza con sus exagerados escotes.

—¡Mesonero! — dijo Dik, sonriente—. Sirve para todos el mejor vino de tu bodega.

Todo el mundo le dió las gracias, entusiasmado como siempre por su proceder, y el mesonero, tipo muy avaro, rindiéndole zalameros saludos, le dijo:

—Gracias, señor.

—No me des las gracias. Eres tú el que convida.

Cinco bellas muchachas rodearon a Dick, mirándole con dulce interés, pretendiendo seducirle con el encanto de su juventud y de sus sonrisas prometedoras.

—¡Salud, Dick! ¡Salud!

En medio de ellas y formando un agradable grupo, Dick comenzó a cantar con su bien timbrada voz:

He cambiado mucho, amigas.
Ya no más flirtear.
Una cosa sería
Acabo de hallar.
Una miniatura linda
Guardo con ilusión.
Grabada siempre irá
En mi corazón.

Y en sus manos apareció la tabaquera de oro y marfil en la que había el retrato de la dama desconocida, linda imagen de la que se había enamorado, con el romanticismo de su temperamento ardoroso, el simpático bienhechor de la pobreza.

Las muchachas cantaron a coro:

¡Qué maravilla!... ¡Di!
¡Cómo es!
Describe cómo es.
Dinos...

Dick prosiguió su canto evocador:

Pues tiene una boquita
Muy roja y chiquitita.

Una de las mujeres interrumpió:

¡Como yo!

Sonriente, Dick afirmó:

Como tú.
Y tiene un lindo hoyuelo
En la suave mejillita.

Otra muchacha se señaló a sí misma queriendo ser poseedora de una gracia parecida a la que describía el mozo con tan ardientes colores.

¡Como yo!

Como tú.
Y tiene un piececito
Muy chiquirritilito.

¡Como yo!

repuso otra de las mozas.

Como tú.
Y una figurita
Sutil y esbeltita.

¡Como yo!

añadió otra.

Y Dick, señalándola amorosamente como había hecho con las demás, continuó:

Como tú.
Si todas las bellezas
Pudiera unificar,
Sería a pesar
Ella más linda.
Todo lo bonito,
Lo precioso y pequeñito
En ella está.

Se repitió la canción. Una de las bellas mocitas arrebató la miniatura a Dick y empezó a correr por la sala, perseguida por el romántico enamorado, que consiguió al fin recobrarla, entre sonrisas.

Entretanto un carruaje se detenía ante el mesón y descendían de él dos damas.

El hostelero besaba el suelo con sus reverencias.

—¡Oh, milady!

Una de las damas, la más hermosa y elegante, preguntó con una voz llena de cadencias dulcísimas:

—¿Han llegado ya mi tío y el conde?

—No, milady; todavía no han llegado. Pero, pasen, pasen... Debe ser cuestión de poco tiempo.

—Perfectamente... Cuida del equipaje, María—dijo la dama a la que era indudablemente su doncella.

—¡Sí, milady!

La criada se inclinó para recoger el equipaje y al hacerlo mostró el encanto de unas apetitosas formas que emocionaron profundamente a Tom, el criado de Dick Turpin, que se hallaba junto a la puerta.

La señora, precedida por el hostelero, había entrado en el interior del bodegón.

Su presencia aristocrática, su aire de princesa, su belleza arrebatadora, morena, de ojos negros, parecieron hacer enmudecer a todo

el mundo con el respeto que inspira la hermosura.

Dick se hallaba cerca de la escalera en compañía de las cinco muchachas y con la miniatura en la mano, cantando todavía endechas ardientes a su belleza.

El joven, embebido en su enamoramiento, no vió a aquella mujer, pero las mozas, con torpe disimulo, le llamaron la atención.

—¡Oh, pero si es lady Elena!

—Es la prometida del conde Churlton.

Dick arqueó las cejas. Contempló la miniatura y vió con emoción que era el mismo retrato de aquella damita que, viendo los comentarios que suscitaba su presencia, se había detenido con cierta agresividad.

Sonrió Dick y sentenció:

—*Era* la prometida del conde Churlton... pero... hemos nacido el uno para el otro...

Y volvió a mirar con cierto arrobo a la dama, encontrándola todavía más adorable que en la reproducción.

Molesta por aquellas inconcebibles frases, lady Elena le contempló con altivez y se fijó de pronto en la cajita que el mozo tenía en sus manos. ¿Cómo era posible que la tuviese en su poder? Aquella cajita pertenecía al conde Churlton, que siempre la llevaba encima.

Sin decirle nada, pero con un gesto en que vibraba la cólera de gran señora contra el mozo que se recreaba en la contemplación de una mujer superior, le arrebató la tabaquera y subió la escalera con un aire severo de dignidad herida.

Desapareció lady Elena hacia las habitaciones de primer piso, y las mozas del mesón, riendo alocadamente, se burlaron de Dick, celosas, en el fondo, de la pasión que había despertado en él lady Elena.

—Bien se ve que la has conquistado.

—Espero que nos invites a la boda.

—El estar tan cerca de tu corazón no parece haberla conmovido mucho.

—¡Cómo te miró!

—¡Se te comía con los ojos!

Pero Dick no era hombre que se dejase amilanar y respondió sonriente:

—No es apuréis. Es que las grandes damas saben disimular prudentemente sus pasiones.

—Sí... sí...

Y siguieron en sus risitas contra él, de las que Dick se defendía, pero con la imaginación un poco alejada de allí, puesta en el recuerdo de aquella mujercita orgullosa que le había arrebatado la tabaquera.

Mientras, llegaban, de regreso de su viaje, el conde Churlton y el barón Fenwick.

Descendieron lentamente del ca-

rruaje, deseosos de un buen descanso tras las largas horas de inmovilidad en la diligencia.

Uno de los criados acudió a saludarles, y, servil, preguntó al conde:

—¿Ha tenido Su Excelencia un viaje feliz?

—¡Glorioso! — contestó dando un resoplido— Hemos sido atacados por cinco bandoleros... a los que puse en fuga con el filo de mi espada... ¡yo solo contra todos!

—¡Admirable! ¡Admirable!

El barón, que deseaba adular siempre a Churlton, corroboró aquellas exageradas manifestaciones, indicando que eran el propio Evangelio.

Los nobles huéspedes, enterados de que ya había llegado lady Elena, entraron en el mesón...

Al verles avanzar, Dick sonrió y permaneció bromeando entre las muchachas. ¡Volver a encontrar a los dos caballeros! Era indudablemente buena suerte.

El hostelero rindió sus más ardientes saludos a sus huéspedes.

—¡Oh, bienvenidos, señores!... Hace rato que esperábamos a Vuestras Gracias.

—¡Bah! Un pequeño retraso...— indicó el conde—. Fuimos asaltados por unos bandidos. Diez eran, los conté... Pero les hice frente y tuvieron que huir.

—¿Entonces Vuestra Gracia no ha sufrido ningún despojo?...

—Nada, apenas. Porque le engañé hábilmente. Les engañé, quise decir. Yo siempre guardo conmigo dos bolsas y, para que no perdieran el viaje, les dejé llevar la más pequeña.

Y mostró orgulloso la bolsa que Dick no le había quitado y que estaba repleta de oro.

El hostelero y varios huéspedes celebraron el ardid del señor conde, y éste rió orgulloso de su supuesta hazaña.

—¿No se llama astucia a esto?

De nuevo elogiaron con odioso espíritu de adulación el gesto del gobernador, mientras Dick, a un lado de la estancia y siempre risueño, meditaba algún nuevo plan para castigar otra vez la vanidad de aquel tirano al que un día u otro había de arrojar de su puesto de mando.

* * *

El barón Fenwick subió poco después a ver a su linda sobrina Elena a la que dió instrucciones para que se ataviara lo más bellamente posible para recibir la visita del del conde Churlton.

—Compónte... acicálate lo mejor que puedas... El estará aquí dentro de un instante.

La mujercita suspiró dolorosamente. Aquella boda a la que la llevaban las conveniencias de la familia, la ponía fuera de sí. Ella no sentía amor alguno por aquel viejo conde, caduco e imbécil, que no tenía otro mérito que el de su desmesurado poder. Su alma protestaba contra aquella orden que le imponía su tío de casarse con Churlton. Pero no se atrevía a una negativa rotunda, dominada por el espíritu de obediencia tradicional en las mujeres de aquella época, tratándose de concertar matrimonio.

Su rebeldía se traducía sólo en pequeñas frases, en protestas tímidas que no eran más que reflejo de la indignación de su juventud que pretendía elegir libremente al ser amado y no a un idiota.

—¿Tengo que sonreírle? — dijo molesta—. ¿He de decirle que he soñado con él, que no puedo vivir sin su amor?

—¿Qué trabajo te cuesta? ¡Hazlo por mí! — respondió el tío, para quien aquella boda significaba emparentar con uno de los hombres más poderosos del reino.

—¿Puedo hacer más que casarme con él contra mi gusto?

—Verás cómo, con el tiempo, con el trato, acabas por quererle; verás cómo, cuando veas su palacio... ¡Ah! Va a ser la boda más brillante de Inglaterra, de la que se hablará durante más tiempo... Quiero echar la casa por la ventana...

Se oyeron unos tímidos golpes en la puerta, y el barón Fenwick se apresuró a decir:

—¡Adelante! ¡Adelante!

Entonces apareció en el umbral la figura del barón Churlton, que procuraba sonreír con una mueca que era un guiño repulsivo.

Avanzó cariñosamente hacia Elena, estampa viva de juventud, de gentil silueta y facciones espirituales.

—¡Oh, mi adorada palomita!...

¡Siento en el alma haber llegado tarde!

—¡No importa! — respondió bruscamente.

—Un contratiempo insignificante en el camino. Quince o... veinte atracadores con los que tuve que luchar...

—¿Cómo veinte? — interrumpió el barón con su constante espíritu adulador—. No he visto en mi vida hombre tan modesto para hablar de sí mismo. Treinta eran, o quizás treinta y cinco... te lo digo yo que los he visto bien, Elena.

Churlton sonrió, encantado de pasar como un héroe ante los ojos de la adorada.

—¡Bah!... ¡Bah!... Lo importante es haber llegado al fin y... que los bandidos no lograran llevarse esta bolsa.

Y se echó a reir mostrando la bolsa cuya existencia ignoraba Dick Turpin.

Pero de pronto sus facciones adquirieron un tinte de palidez y cogió de la mesa su linda tabaquera de oro.

—¿Cómo ha llegado esto hasta aquí?... La perdí hace unos días, no sé dónde...

Se devanaba los sesos, le parecía incomprensible que aquella cajita robada por el bandido estuviera ahora en la habitación de lady Elena. Miraba a ésta con ojos interrogantes queriendo descubrir el gran misterio que podía encerrar tal hallazgo.

Pero Elena, sin dar demasiada importancia a ello y sin preocuparse tampoco de por qué extraños motivos la cajita de rapé había ido antes a parar en poder de un desconocido, respondió:

—No sé... Un hombre la tenía abajo, en el mesón.

—¿Cuándo?

—Hace un momento.

Churlton dió una mirada de inteligencia al barón. ¿Significaba esto que el bandido se hallaba cerca? ¡Oh, había que tener mucho cuidado! De tal sujeto podían esperarse todas las audacias, los mayores atrevimientos.

—¿No es curioso eso?—indicó. —¿Y qué señas tenía ese hombre?

—No me fijé.

Y Elena se ponía nerviosa al recordar al desconocido que se había atrevido a hacer manifestaciones que la ofendieron.

Iba a hacer el conde de Churlton nuevas preguntas cuando abrióse rudamente la puerta y apareció en el umbral, revólver en mano, "El Caballero de la noche".

Un grito de espanto se ahogó en los labios de lady Elena, mientras los dos hombres retrocedían, bajo el imperio de la sorpresa y del enojo.

Sonriendo amablemente bajo el

antifaz, Dick fué avanzando por la habitación.

—Espero, lady Elena, que os dignéis perdonar mi atrevimiento. ¿Me permite, señor?

Y avanzando hacia el conde, que temblaba de indignación viéndose de nuevo burlado, le registró los bolsillos, quitándole la bolsa de dinero tan cacareada.

—¡Ah!... ¡Una bolsa, y bien llena, por cierto!... ¡Caramba! ¡Caramba! ¿No le da vergüenza a Vuestra Señoría haberme jugado esta mala pasada? Eso se llama no jugar limpio. Ya comprende a lo que me refiero, conde... Barón, me extraña que Vuestra Excelencia se trate con gente así.

Y sonreía audazmente viendo la humillación del conde y su acompañante.

A través de su negra máscara contemplaba también a lady Elena y se ratificaba en su concepto de que era una bellísima mujer, de recuerdo inolvidable.

Prosiguiendo su registro, encontró la cajita de rapé y, mirándola de una manera burlona, comenzó a decir:

—Muy mal... muy mal... horriblemente mal.

Herida por aquellas palabras, Elena preguntó:

—¿El qué?

—¡Oh, por Dios! ¡La miniatura!... ¿Qué pintor la hizo que no supo hacer justicia a vuestra belleza?

Aquellas palabras de galantería, dichas con un tono sincero y cordial, sorprendieron a la muchacha, quien, por otra parte, creyendo que aquel salteador se estaba burlando de ella, contestó:

—¡Ah, vamos!... Por lo visto, bajo la máscara de un bandolero se esconde un cortesano.

—¿Yo cortesano?... ¡Líbreme Dios! ¿Es que acaso no se puede elogiar como se merece vuestra belleza, sin ser tomado por uno de esos... pisaverdes de Londres?

Y señaló riendo a los dos aristócratas que temblaban de rabia y de impotencia.

Pero volvieron en aquel instante a llamar a la puerta, y Dick, siempre pistola en mano, gritó, adquiriendo su voz un tono enérgico e implacable:

—¡Contra la pared, pronto! ¡Todos!... ¡Y al menor movimiento disparo!

Obedecieron temblando y seguros de que aquel original bandido era muy capaz de llevar a cabo sus amenazas.

Dick se ocultó detrás de la puerta y ésta se abrió, apareciendo un criado de la hostería.

—La lista de vinos, milord...

Pero como viese que ni el conde ni el barón le respondían, como si estuvieran con la imagina-

ción ausente de allí o en extraño éxtasis, el criado volvió a insistir:

—La lista de vinos, milord.

Y le ofrecía el papel al conde para que escogiera los licores de su gusto.

Churlton, Fenwick y Elena permanecían inmóviles, sin atreverse a hacer el menor movimiento, bajo la amenaza del arma de Dick, pronta a disparar sin compasión.

"El Caballero de la noche" salió lentamente de su escondite y, avanzando hacia el criado, le pegó un puntapié, arrojándole casi en brazos del conde y luego echó a correr con toda la ligereza de sus piernas.

Tras el instante de estupor que aquella huida les produjo, los aristócratas reaccionaron y salieron al pasillo en persecución del ladrón.

—¡A él! ¡Socorro! ¡Pronto! ¡Al ladrón!... ¡Al asesino! ¡Dadle caza!...

Pero Dick se escapaba bonitamente de sus manos y desaparecía por un oscuro corredor, donde al cabo de breves instantes en que mantuvo una plática con su escudero Tom, continuó su marcha.

—¡Que no se escape! — gritaba el conde, furioso—. ¡Es Dick Turpin! ¡Estaba arriba! ¡Seguidle! ¡A él, seguidle!... ¡Aprisa!

En la gran sala de la hostería se había producido un movimiento de extrañeza al ver cruzar como un rayo y marchar a la calle un hombre vestido de negro y con el rostro enmascarado.

Los gritos, la indignación de que daban ahora muestra los dos aristócratas, les hicieron comprender que el fugitivo era "El Caballero de la noche". Pero la mayoría renunció a la persecución, alegrándose de que aquel hombre, protector de los débiles y afligidos, hubiese huído una vez más.

Churlton salió a la carretera y aun pudo ver, a lo lejos, desaparecer la silueta oscura del enmascarado.

—¡A él, a él! ¡Ayúdeme a montar a caballo! ¡Vamos, pronto! — decía al barón.

Tras desesperados esfuerzos en que le ayudó el barón Fenwick, consiguió mantenerse firme en la silla de su caballo y emprendió galope en persecución del bandido, que estaba ya lejos, muy lejos... Varios soldados, que habían acudido ante el escándalo, salieron también tras del fugitivo, dispuestos a cazarle y a conseguir el premio que se había puesto a su cabeza.

Pero no era Dick Turpin quien había huído, sino su escudero Tom, disfrazado idénticamente lo mismo que él y que había escapado con ánimo de desorientar a los perseguidores y salvar de todo intento

de captura a "El Caballero de la noche".

Dick, que había permanecido en el pasillo, volvió a entrar en el cuarto de lady Elena. Esta se encontraba oculta detrás de las cortinas que cubrían el lecho. Tembló al oír pasos en la habitación y procuró ahogar hasta su respiración para que no se descubriera su escondite.

Dick, ignorante de que tan cerca se encontrase aquella mujer cautivadora, fué hacia la ventana y viendo alejarse a Tom a todo galope, murmuró, deseándole buena suerte:

—¡Animo, Tom! ¡Valiente amigo! ¡Gánales toda ventaja!

Y satisfecho de la huída y del paso rápido que llevaba su hermoso caballo, que ahora montaba Tom, comenzó a cantar con entusiasmo:

¡Bravos mios!
¡Valientes sois los dos!
Mi buen amigo
Y mi fiero corcel.
¡Siempre así!
¡Del enemigo huid!
Agradecido
Estaré, siempre fiel.
Jamás se ha de rendir,
Nunca ha de morir,
Quien sepa la justicia
Defender...
¡Bravos mios!
¡Valientes sois los dos!
¡Mi suerte va con vos!

Iba ya a marcharse, comprendiendo que había cesado todo peligro, cuando creyó ver por un instante que se movían ligeramente las cortinillas del lecho y prestó atención. Oyó como el rumor apagado de un suspiro. Entonces vió con profunda sorpresa asomar bajo los cortinajes de seda unos zapatitos femeninos, pequeños e irreprochables.

Sonriente, abarcó con sus brazos la cortina y ciñó bruscamente con ellos el cuerpo delicado de una mujer. Esta dió un grito de espanto y apareció por las cortinas entreabiertas.

—¿Cómo? ¿Es usted? — dijo Dick, con verdadera emoción y con los ojos sonrientes bajo la negra máscara, que no se había quitado aún.

Elena contempló, temerosa, al bandido, y murmuró:

—¡Por favor!... ¿Usted aquí?... ¡Creí que se había escapado!

—¡Oh, sé muy bien hacer las cosas!—repuso, sin dejar de abrazarla—. Un amigo mío tiene la amabilidad de hacerse perseguir por mí en estos momentos. Además, olvidé algo. ¿Me permite?

Y cogió la cajita de rapé olvidada poco antes por él al marchar de tan precipitada manera.

—Es un tesoro que no quisiera perder — agregó, contemplando tiernamente la imagen.

Elena le preguntó, nerviosa:

—¿Es costumbre de usted el pedir permiso para desvalijar a sus víctimas?

—Sí. Aunque en este caso y a vuestros pies, la víctima soy yo.

Y hablaba con tanta galantería, parecía mostrarse tan cumplido caballero, que Elena, a pesar de todo lo que ocurría, experimentó hacia él una oleada de simpatía y admiración, el poder fascinador que ejerce en toda mujer un hombre extraordinario.

—No comprendo cómo un hombre como usted haya elegido esa profesión — murmuró con cierta pena.

—¡Es muy fácil! — respondió, sonriente—. Los ricos tienen demasiado, los pobres apenas tienen nada... Yo trato de poner en el mundo un poco de orden... Pero ¿no oye? El conde vuelve... Hablando del ruin de Roma, ya lo tenemos ahí... ¡Adiós, Elena! ¡Hasta la vista!

Y la estrechó de nuevo entre sus brazos, y después de besar sus manos, saltó rápidamente por la ventana, huyendo lejos, con la doble alegría de su superioridad en la vida y del recuerdo que llevaba grabado en el alma de la más adorable mujer que había conocido nunca. Y Elena quedó aturdida bajo la caricia inolvidable...

* * *

Aquella noche, Dick Turpin se encontraba en el bosque con su escudero Tom, que descansaba de las fatigas de una persecución que había durado varias horas y de la que había podido librarse finalmente.

—¡Hola, Tom!

El escudero gimoteó:

—¡Ay, Dick! Me han hecho correr media Inglaterra esos esbirros.

—Ya me contarás eso luego. Ahora ¡a caballo!

—¿A caballo otra vez?

Y puso una cara tan lastimera, que Dick no pudo menos de echarse a reír.

—¡Animo, hombre! Vamos a visitar a la novia del conde.

—Pero ¿tú estás loco?... ¿No te das cuenta del peligro que vas a correr... ni de lo cansado que estoy por lo que he corrido?

—Pudiera tomarse por descortesía. He escrito ya al conde anunciándole mi visita.

—¿Qué dices?

—La verdad. Conque, vamos, que todavía hay que preparar bien las cosas para que salgan a la perfección.

Y el pobre Tom, que había soñado en poder descansar una noche sin temores de ninguna especie, tuvo que montar a caballo y seguir a aquel hombre que no conocía el reposo y que se había empeñado en una lucha a muerte contra el conde Churlton, lucha en la que ahora intervenía también el amor, pues durante todo el camino no cesó Dick de ponderar con elogiosos conceptos el encanto de Elena, la criatura más hermosa que habían visto sus ojos.

Entretanto, en el castillo que poseía Churlton y donde éste había llegado hacía poco con Elena y el barón Fenwick, el noble conde daba muestras de feroz indignación con tan cómicos aspavientos, que Elena no podía menos de sonreír.

—¡Pero esto es inaudito! — decía, agitando entre sus manos un papel— ¡Atreverse a escribirme a mí... a mí, ese Dick Turpin!... ¿Cuándo se ha visto insolencia semejante?... Haré que lo ahorquen, que lo empalen, que lo...

Elena le interrumpió, con su voz dulce y tranquila:

—Cálmese, cálmese, conde; con ponerse así no conseguirá nada. ¡A ver, déjeme!

Y arrebatándole la carta, empezó a leer:

A mi querido amigo el conde Churlton: Atribuyo sin duda a una involuntaria omisión de su secretario el no haber sido oportunamente invitado a sus esponsales. Como espero con ello proporcionarle un grato placer, le prometo asistir. Cuente, pues, conmigo para mayor esplendor de la ceremonia. Le ruego que presente mis más rendidos respetos a su...

—¡Oh, el pícaro, el bellaco, el...! — interrumpió el conde.

—Espere, que me divierte.

Y ella prosiguió la lectura:

...encantadora prometida, y espero que nuestra amistad, apenas entablada, sea en lo futuro más íntima, cordial y duradera. Afectuosamente le saluda

Dick Turpin.

Elena sonrió. Aquella carta que transpiraba tan fina ironía, le agradó, haciéndole sentir por el bandido de leyenda una emoción singular y deliciosa.

—Bueno... ¿y qué va usted a hacer?

—¡Oh, ya lo tengo decidido!... ¡Vaya si lo tengo! Y te juro que se acordará de mí ese bigardo. He avisado a las autoridades, ¿comprendes?... Y la horca impedirá

que sea tan duradera "nuestra cordial e íntima amistad".

Una sombra de melancolía pasó por los ojos de Elena. La idea de que aquel hombre, que con todas sus aventuras era tan atractivo, pudiera sufrir daño, puso amargor en su corazón.

—Nunca piensa usted más que en colgar a esos pobres diablos...

—¡Oh, sí, queridita mía! — replicó el conde, con voz tierna y ademanes grotescos—. Pienso en otras cosas... pienso en mi felicidad... pienso...

Ella, que, obligada por su tío, su único pariente, se sacrificaba casándose con un hombre al que no podía querer, sonrió tristemente, a tiempo que se alejaba de él.

Tal vez en el alma de Elena había el fervoroso anhelo de que viniera aquel "Caballero de la noche", para, como los caballeros de leyenda, librarla del esposo viejo y odioso que querían imponerle la conveniencia familiar, el yugo de los intereses, nunca la fe rendida del amor.

—Sí, querida Elena — continuó el conde, exaltándose—. Pienso en ti...

Y sus brazos pretendieron abarcarla; pero la muchacha le rechazó con rápido ademán.

—¡Por Dios, conde!

—¡Oh, comprendo tu timidez! Apenas me conoces, apenas he tenido tiempo de expresarte mi amor, pero... yo sabré llamar a las puertas de tu corazón como el pajarito llama en la enramada a la elegida de...

En aquel instante un reloj de cuco dió las ocho, y un pajarito apareció entre las portezuelas de madera para cantar:

"*Cucú, cucú, cucú...*"

Y cada sonido parecía ser una nota burlona para las declaraciones intempestivas del viejo que quería evocar una poesía que ya no podía tener aquel amor.

Quedó el conde sorprendido, mientras Elena, ahogando una risita burlona, desaparecía prestamente hacia su cuarto.

* * *

Dick había dado instrucciones a todos sus hombres para que nada fallase del plan que tenía concertado.

Se hallaban ocultas sus gentes entre las ramas de unos árboles al lado de la carretera que conducía al castillo del conde Churlton.

Dick, sin máscara, y disfrazado de campesino, estaba en el camino, como ocupado en labores del campo.

Bien sospechaba él que el conde Churlton, ante la amenaza de que hiciera una visita al castillo, enviaría a buscar soldados para su guardia.

No se equivocó: no tardó en aparecer una patrulla al mando de un teniente y montados todos en briosos caballos.

El teniente, al ver al supuesto campesino, detuvo el caballo y le dijo:

—¡Eh, tú! ¡Dime! ¿Es éste el camino que conduce al castillo del conde Churlton?

Dick murmuró, sorprendido y con tono indiferente:

—¿Cómo? ¿Guardias al castillo de Su Excelencia? ¡Ah! ¿Es que acaso venís a prender a mi señor por orden del rey?

—¡Estúpido!... ¡Contesta pronto a mi pregunta!...

—Pues seguid por este camino hasta dar con la iglesia, pero... no, no es allí, no. Hay que seguir más adelante. Arriba de la loma el camino se abre en dos. Aunque es mucho más largo, le aconsejo que tome el de la mano izquierda... porque... es mejor.

Y dijo estas palabras con tal aire de misterio, que el teniente no pudo menos de decir:

—¿Qué diablos pasa con el otro camino?

—¡Ah! Os lo diré en voz baja, para que nadie lo oiga. Veréis.

El teniente se inclinó hacia Dick, y éste, de pronto, con sus brazos robustos apretó fuertemente al militar y lo derribó del caballo sin darle tiempo a defenderse. Cuando los soldados de la escolta, sorprendidos por la agresión, quisieron reaccionar, fué ya demasiado tarde. De las sombras de la noche llovieron los hombres de Dick, quienes se lanzaron implacables contra aquéllos y les maniataron, despojándoles en un santiamén de su armamento y uniformes.

Dick se vistió el traje del oficial, y al mando de sus huestes, uniformadas ahora como soldados del rey, marcharon en dirección al castillo, dejando en medio del camino, fuertemente atados y sin poder moverse, a los auténticos soldados del gobierno.

Pero... ardides del juego son.

* * *

El conde Churlton y el barón Fenwick parecían haber alejado sus temores, y las constantes libaciones que efectuaron después de la cena les habían puesto optimistas y con ardientes anhelos de reír y de divertirse.

Tumbados indolentemente en un sofá, bebiendo copa tras copa, hablaban y cantaban como si vivieran en el más agradable de los mundos.

Los dos eran felices: el conde, porque veía ya cercano el momento de su boda, de su unión con aquella adorable mujer que daría juventud a su vida; y el barón Fenwick porque el casamiento significaba ascender de rango y poseer en la corte de Inglaterra una influencia decisiva para aspirar a los grandes empleos.

Puede decirse que no se acordaban siquiera de Dick Turpin y no creían tampoco en la posibilidad de que por mucha que fuese la audacia de ese hombre se atreviera a hacerles una visita.

Cantaban alegremente, moviendo las copas al compás de sus canciones:

¡Jaí jo! ¡Jaí jo! ¡Jaí jo! ¡Jaí jo!
A caza el cuerno llamó.
Y el valiente cazador
En busca de la caza salió.
¡Jaí jo! ¡Jaí jo! ¡Jaí jo! ¡Jaí jo!
El cuerno más cerca se oyó.
Y el cazador sorprendido quedó.
Cuando un burro frente a él rebuznó.

Apareció un sirviente, quien, muy ceremonioso, con una solemnidad que contrastaba con la plebeya situación en que se encontraba el conde, le dijo a éste:

—Milord, el teniente Barclay, de la Guardia Real, y sus hombres.

Churlton se levantó, sorprendido.

—¿El... el teniente Barclay?

—¿No recuerda, conde? — indicó el barón—. Es la tropa que viene a guardar el castillo.

—¡Ah, sí, sí!... ¡Claro! Me había olvidado. ¡Que pase, que pase en seguida!

Desapareció el criado, y el conde levantó entonces su copa de licor y brindó:

—¡Por que Dios libre al condado de esta plaga de salteadores!

—¡Por que el diablo se lleve a ese Dick Turpin! — dijo el barón.

Entraron los soldados, que no eran otros que los bandidos de

Dick. Al frente de ellos, vestido de oficial, iba Dick Turpin, que avanzó con marcial decisión hacia los dos aristócratas.

Tom, que vestía traje de sargento, se volvió hacia la tropa que andaba torpe por la falta de costumbre, y ordenó:

—¡Alto!

Todos se detuvieron, bajando grotescamente el arma, que hasta entonces habían conservado sobre el hombro.

Dick saludó al conde y le entregó un documento.

—¡A vuestras órdenes, Excelencia! Mis credenciales, señor.

—¡Ah, muy bien!

Y el conde, que todavía se hallaba bajo los efectos turbadores del vino, abrió el pergamino que Dick había quitado al verdadero oficial, y simuló leerlo.

—¡Si está al revés!—le advirtió el barón.

—Es igual... — contestó, con la ligereza de una suave embriaguez. —Como viene dirigido a mí, ¿eh?, puedo leerlo como me dé la gana... Bien. ¿Conoce usted a Turpin, teniente?

El aludido se inclinó con una sonrisa muy alegre.

—Como a mí mismo.

—¡Excelente! Nos ha anunciado su llegada y le estamos aguardando.

—¡Ah, difícil ha de ser burlar la vigilancia de los bravos, nobles y honrados... guardias de mi compañía!

Y señaló a sus hombres, que se hallaban aglomerados junto a la puerta, y uno de los cuales era tan honrado y noble, que disimuladamente había pretendido coger una cajita de plata que se hallaba sobre una mesa y guardarla en sus bolsillos, lo que evitó Tom de un rápido manotazo, obligándole a dejar aquel objeto de arte donde estaba.

El conde Churlton, que, al igual que el barón, no se había dado cuenta de ello, dijo al supuesto teniente Barclay:

—Que guarden sus hombres todas las puertas. El sargento que se encargue de vigilar mi cuarto. El cofre de mi dinero está allí, ¿sabe usted?

Sonrió Dick, agradecido a tan buenos y esplendorosos informes, y lo mismo hizo Tom, que pensó que la jornada iba a ser inolvidable.

—Perfectamente, milord — dijo Dick—. Sargento, organice la guardia.

—A sus órdenes, teniente — indicó Tom, a quien lo sugestivo de la aventura había quitado el mal humor de antes—. ¡A ver! ¡Preparados! ¡Media vuelta! ¡Marchen!

Torpemente se pusieron los fusiles al hombro, encaminándose hacia la puerta, después de tener que ser advertidos varias veces por Tom,

pues la contemplación de las riquezas que había en el palacio les producía un extraño atolondramiento.

Tom marchó el último, y con todo disimulo... y para que estuviera mejor guardada, se llevó la cajita de plata que uno de los soldados había pretendido antes robar...

Cuando desaparecieron, el barón miró a su amigo Churlton y al teniente, y comentó:

—Ahora sí que podemos dormir tranquilos.

En aquel instante apareció Elena, quien había visto marchar a los soldados y contemplaba con profunda extrañeza al teniente, cuyo rostro era exactamente el del muchacho que se había burlado de ella, pronunciando frases mortificantes, en la hostería.

Entonces ¿aquel desconocido que creyó un simple mozo, era un oficial? Pero ofendida aún por las frases que él pronunciara, le miró con altivez.

—¿Estabas aquí, querida mía? — le dijo el conde—. Teniente, os encargaréis de la celosa guardia personal de... de lady Elena.

Dick se inclinó alborozado. Aquel conde era admirable en sus decisiones.

Pero lady Elena, enfurecida por tener que estar sometida a la tutela del militar, protestó con energía:

—Pero ¿a qué viene todo esto? Yo no le tengo el menor miedo a ese Dick Turpin. Además, este hombre...

Dick la interrumpió, severo y amable a la par.

—Será mejor, lady Elena, obedecer a su padre.

Churlton levantó la voz, como si de repente le hubiesen herido en lo más íntimo.

—¿Padre?... ¡Un cuerno! ¡Soy su prometido!... ¿Se entera usted?

—Perdone, Excelencia, yo creí...

—¡Bah! ¡Pues, hombre!... Tenga entendido que no deberá dejarla sola ni un instante, ¿me oye? Ni un solo instante... ¿Estamos?

Envolvió Dick en una dulce mirada a lady Elena.

—En nadie puede confiar Su Señoría como en mí.

Elena se hallaba nerviosísima. De buena gana hubiera impedido aquella vigilancia personal a que la sometían, de buena gana hubiese dicho que aquel hombre había tenido en la hostería, por artes incomprensibles, la tabaquera. Pero temiendo agravar las cosas, enmudeció, aunque decidida a que el teniente se apartara lo más pronto posible de ella.

Tom entreabrió la puerta por donde desapareciera y asomó la cabeza.

—Con permiso, milord — dijo con socarronería—. ¿Dónde dijo guarda Su Excelencia el dinero?

—¡Ah, sí! Ya le diré dónde.

Dick era el ídolo del pueblo...

—Hay que dar más ánimo, más vida a la canción...

...con el retrato de una dama.

—Es tan hermosa esta joven, que dudo tanto sea sobrina del uno como prometida del otro.

Dick comenzó a cantar...

—Un amigo mío tiene la amabilidad de hacerse perseguir por mí en estos momentos.

Cantaban alegremente...

...abrió el pergamino que Dick había quitado al verdadero oficial.

—Buenas noches.

Suspiró Elena al verse libre...

—¡Por favor... ayúdeme!

El pueblo le aclamaba...

—Si es tan fácil, ¿por qué no lo hace Vuestra Excelencia?

—No es tan suave como los brazos de Lady Elena...

...y marcharían lejos...

Venga, barón. Es necesario establecer fuerte vigilancia cerca de él.

Y acompañado del barón Fenwick, marchó al encuentro de Tom, desapareciendo los tres por el pasillo.

Dick, al quedar a solas con Elena, se inclinó, y con aire amistoso le dijo:

—¿Recuerda, milady, que tuve el honor de encontrarla en la hostería del "Ciervo Rojo"?

—No me interesa oír sus disculpas y menos sus bravatas de taberna. Nunca pude suponer que tras aquel hombre que se permitía hablar de mí con tanta ligereza, se escondiese un oficial.

—Me gusta sorprender a las gentes. Pero ¿disculpas, yo? ¿Bravatas? Nada de eso. Soy muy claro en mi manera de ser. Quería decir a usted, sencillamente, que la segunda vez que la veo, la encuentro aún más seductora que la primera.

—¡No tenemos más que hablar! ¡Buenas noches!

—Buenas noches.

Lady Elena se retiró con altivez, pasando por varias salas y corredores en dirección a su cuarto, pero seguida siempre por Dick, que parecía darle escolta de honor.

Molesta por aquella persecución incesante, la joven se paró, y mirando con frialdad al supuesto militar, le dijo:

—He dicho buenas noches.

—¡Buenas noches!—replicó sin alterarse.

Dió ella unos pasos más, y como viera que no era posible librarse de aquel hombre si no era por la astucia y la sorpresa, le dijo de pronto:

—Olvidé el abanico no sé dónde. Hágame el favor de traerlo.

—Lo cogí yo. Aquí lo tiene usted.

Y sacando del fondo de una de sus mangas el abanico de marfil, se lo entregó a su linda dueña.

Elena lanzó un suspiro de indignación y continuó su marcha subiendo por la magnífica escalinata central hacia su habitación y siempre seguida por Dick Turpin.

Al llegar ante la puerta de su pabellón, se volvió en redondo y dijo con energía:

—Su vigilancia, teniente, no traspasa la puerta de mi alcoba.

—Yo sólo obedezco las órdenes del conde, señorita.

Pero ella cerró bruscamente la puerta, dejando a Dick sin poder continuar su asedio.

Suspiró Elena al verse libre al fin de la tiranía insoportable de ese oficial al que odiaba por creer que la había humillado. ¿A qué, además, tanta vigilancia contra Dick Turpin? Si ese hombre a ella no sólo no le había hecho ningún daño, sino que se había mostrado con la corrección de un caballero de le-

yenda. ¿Por qué, pues, ese temor?

Elena entró en la cercana alcoba, desvistióse suavemente y se puso un magnífico salto de cama. Después, con el temor de que aun el teniente rondara por el corredor, avanzó pausadamente hacia la puerta con el deseo de comprobar si había cesado en su guardia o, por el contrario, velaba su sueño.

Entreabrió la puerta, y en aquel momento escuchó una voz alegre detrás de ella.

Volvióse con espanto y vió a Dick, que sonreía, burlón.

—¿Me buscabais, milady?

—¡Ay, qué susto! ¿Cómo se atreve? ¡Insolente!

Y huyó de nuevo rápidamente hacia su alcoba, cerrando la puerta tras sí, mientras Dick, que por la puerta de un corredor había entrado en las habitaciones destinadas a la joven, sonreía alegremente y quedaba inmóvil, dispuesto a velar el sueño de la que era su diosa, su ilusión, la flor amada entre todas las flores de su jardín de juventud.

No, no entraría en la alcoba. La respetaba como algo sagrado, lleno de encantadoras, pero inaccesibles delicias... Tenía la imagen en su pensamiento y anhelaba oír de los labios amados una palabra que no fuera de reproche, sino de amor...

* * *

Al día siguiente el conde Churlton había acordado ir con Elena de excursión por la hermosa campiña de los alrededores.

La noche transcurrió sin novedad, no presentándose el "temido" bandido.

El conde Churlton ordenó a Dick que les acompañase en la excursión para defender a la damita y a él... si fuera necesario.

Elena salió muy temprano de su cuarto. Iba vestida de negro, en traje de montar, fascinador y elegantísimo. Al verla en el salón, el conde lanzó un grito de entusiasmo y le besó con profundo respeto la mano.

—¡Maravillosa! ¡Una reencarnación de Diana cazadora!

—¡Gracias, conde! Demasiado galante.

—¡Oh, nunca demasiado, vida mía! Lo que tú mereces... lo que tú significas...

Dick se presentó, sonriente.

—Los caballos están listos, conde...

Y mirando a Elena, que le envolvió en una mirada de enojo, agregó:

—¿Descansó bien, lady Elena?

—Sí, perfectamente.

Y moviendo entre sus manos el látigo como si tuviera deseos de cruzar con él el rostro de Dick, marchó precipitadamente hacia otra sala.

Ya ante la verja que acotaba la magnífica propiedad del conde, éste y Elena tuvieron que pararse mientras Dick descendía de caballo para abrir la puerta de la valla que les permitiría salir libremente.

Aprovechando aquel momento de detención, Churlton pretendía enamorar a Elena.

Unos pajaritos cantaban su alegría en todas partes.

Lady Elena aparecía distraída y el paisaje dulce y embriagador producía en ella sensaciones de evocación que iban sin querer hacia "El Caballero de la noche", cuyo recuerdo vivía en su alma como si formase ya parte de sí misma.

—¿Qué hay que pueda compararse a una mañana de primavera? — decía el conde—. ¿No crees que todo invita al amor?... Las flechas de Cupido se clavan suavemente en nuestros pechos.

Dick, para interrumpir al ridículo conde, se puso a silbar, remedando a los pájaros.

No podía Elena aguantar la risa, mientras el conde, un poco desorientado por aquel intempestivo silbido, proseguía su amorosa cantinela:

—Sí... Las flechas de Cupido se clavan en nuestros pechos... en el tuyo, en el mío... hasta traspasarnos. ¡Ah, mi bien! Si al menos...

Tanto silbó Dick que, amoscado, se volvió hacia él y le dijo en tono rencoroso:

—Pero ¿quiere usted tener la bondad de no silbar, teniente?

—¡Ah! ¡Perdone, milord!

—¡Ah, ah! ¿Por dónde iba? ¡Ah, sí! Si al menos, la dicha de unir tu virginal corazón al mío... aun joven... joven...

La verja rechinó como una cosa vieja e inservible, ahogando con su rumor la voz del aristócrata.

Muy suavemente, pero muy oportuno y burlón, Dick manifestó:

—Esta puerta rechina, milord. ¡Es tan vieja! Pero está abierta ya. Podemos pasar, señores.

—Vamos ya de una vez. ¡Cuánto tiempo!

Y seguidamente marcharon al trote hacia el bosque.

Después de un buen paseo, durante el cual el aristócrata se cansó inútilmente de prodigar frases galantes, apenas escuchadas por lady Elena, que tenía la imaginación

muy lejos de allí, y en que Dick, silenciosa y suavemente tuvo siempre la mirada fija en su enamorada, acordaron descansar un rato y almorzar.

El conde, que no quería desaprovechar aquellos momentos para demostrar a Elena la intensidad y profundidad de su amor, se había sentado al lado de ella y le decía, tonto de remate:

—Quisiera hacer mías las inmortales frases del poeta: *Ojos claros, serenos... si de... si de... si de...*

Elena se reía ante su falta de memoria, y el teniente acudió en socorro del aficionado a la poesía.

—*Si de un dulce mirar sois alabados* — continuó, fijando sus ojos en Elena.

—¡Gracias, gracias! — dijo el conde—. *Si de un dulce mirar sois alabados, ¿por qué si me miráis miráis airados? Si cuando más pindosos, más bellos parecéis a aquel que os mira, ¿por qué... por qué?*

Y como el conde se detuviera de nuevo, Dick terminó el admirable madrigal, como una sincera declaración de amor:

¿Por qué a mí solo miráis con ira?
¿Porque mi parecéis vuestra hermosa?
Ojos claros, serenos,
¡Ya que mí me miráis, miradme al mas [nos!

Elena sintió sin querer una inquietud en el alma, como si naciera en ella una simpatía cordial hacia el militar.

Enojado Charlton por la emoción amorosa, por el recitado elegante, armonioso que daba Dick a la poesía, le miró con desdén de hombre superior, y luego, dirigiéndose a Elena, continuó, casi postrado de hinojos:

—¡Bah! Oye, Elena, luz de mis ojos... Yo no necesito de... yo no necesito de palabras ajenas para decirte que mi corazón late por ti... como... como...

El teniente se le acercó con un plato de fambres en la mano.

—¿Salchichón?

—... como salchichón. Digo, no como salchichón, ¡demonio! — respondió turbadísimo ante su error, mientras Elena estallaba en alegre carcajada.

—¡Teniente, hágame el favor de desaparecer de mi vista inmediatamente!

—¿Yo?

—Sí, usted! ¡Inmediatamente! ¿No me oye? ¡Lárguese de aquí!

—Pero, milord, yo he recibido órdenes de...

—Esta también es una orden. ¡Váyase!

Dick se inclinó.

—Como mande Su Excelencia. Suplico su perdón, lady Elena.

Y desapareció prestamente, sin perder su aire de hombre superior.

Charlton respiró tranquilo al ver

marchar a aquel importuno testigo de sus declaraciones de amor.

—¡Gracias a Dios que nos deja en paz! ¡No he visto un ser más estúpido ni más impertinente!

Elena, a su pesar, contrastando con la prevención inicial que contra el militar tenía, sonrió suavemente. El madrigal tan deliciosamente terminado por él le había captado su simpatía.

—Pero ¿no le encuentra usted atractivo? — comentó.

El conde quedó boquiabierto, como si hubiera oído el más terrible disparate.

—¿Atractivo? ¡Bah! Está visto que los uniformes trastornan a las mujeres. Vestido así, cualquiera puede presumir... Pero cuando me veas con mi traje de corte... Pero tú sí que estás atractiva. Más que atractiva, irresistible, y yo... no puedo refrenar la tentación de robarte un tierno beso, uno solo...

Pretendió abrazarla, pero ella se alejó rápidamente de sus brazos y huyó, coquetuela.

—¡Elena, Elena! ¿Adónde vas, Elena?

Ella se hallaba ya un poco alejada, y el pobre conde, a quien sus piernas impedían una gran velocidad, comenzó a vagar desorientado.

—¡Elena! — suplicaba, con el deseo de besar aquellos labios en flor—. ¡Elenaaa!... ¡Elena!... ¿En dónde te has metido, criatura?... ¡Elena, Elena!...

Y buscó inútilmente por todos lados sin encontrar a la joven y traviesa novia, que huía de él como del demonio, no queriendo de ningún modo aceptar el contacto de sus labios.

Deseosa de escapar del bosque, Elena fué a saltar una verja para ir al otro lado del camino y poder regresar a casa a toda velocidad y sin nuevos peligros de parte del enamorado irresistible.

Pero en el momento en que saltaba la valla, su largo vestido quedó sujeto a uno de los barrotes, quedando ella inmóvil y con la falda arrollada hasta la cintura, dejando ver la deliciosa transparencia de sus pantalones.

Quedó, pues, como suspendida, sin poder dar un paso, y en aquella situación comprometida y angustiosa, en que mostraba la tentación adorable de su ropa interior, apareció tras ella, lentamente, con una sonrisa clara, un enmascarado, un hombre vestido de negro y con negro antifaz, a quien ella ya conocía: el romántico "Caballero de la noche".

Dick, que en un instante había trocado sus vestidos militares por su uniforme oscuro de handolero, avanzó sonriente hacia Elena y se la quedó mirando con veneración.

—¡Oh, lady Elena! ¡Nos encon-

ramos otra vez!... ¡Está usted hoy encantadora!

Desfiguraba ligeramente la voz para que no pareciese igual a la del supuesto teniente Barclay.

La muchacha se estremeció al verle, pero no experimentó miedo, sino vergüenza.

Se miró sus ropas, y cubriéndoselas piadosamente con las manos, murmuró:

—¡Por favor... ayúdeme!

Dick, sonriente siempre, acudió en su auxilio, librando a Elena de la incómoda posición, y al bajarla y estrecharla entre sus brazos, la besó dulcemente.

Sintiendo en el alma una profunda emoción, pero sorprendida por la audacia de aquel bandido, lo miró sorprendida y le dijo:

—¿Cómo se atreve?

—¡Porque la quiero!

Pero en aquel instante apareció el conde Churlton, quien al ver al "Caballero de la noche" y entre sus brazos a Elena, besándola sin que ella protestara demasiado, dió un grito de indignación, vivamente ofendido.

Otra vez se encontraba con aquel bandido que tantas humillaciones le había inferido, y lo hallaba en una situación realmente intolerable.

—¡Elena! ¡Oh! ¿Cómo se atreve usted, caballerete?

Dick sonrió y miró al aristócrata. Inclinóse con un saludo burlón y cortesano.

—¡Oh, Excelencia! Ya que Vuestra Señoría no se dignó contestar a mi carta, he querido cumplimentar personalmente a su encantadora prometida.

—¡Por vida de!...

—¡Otra vez será, conde!... ¡A sus pies, lady Elena!

Y después de saludar cordialmente a su enamorada y envolver en una nueva risa insolente al conde Churlton, desapareció prestamente por la espesura del bosque, dejando a Elena saturada de misteriosa adoración hacia aquel hombre, y al conde con la exaltación que le producía tan intolerable burla.

No queriendo que se escapase el bandido, empezó el conde a gritar desaforadamente:

—¡Auxilio! ¡Socorro!... Teniente!... ¡Teniente! ¿En dónde se ha metido ese hombre? ¡Teniente!... ¡Teniente! ¿Pero en dónde está ese teniente?

¡Ah, aquel loco oficial! Cuando era inoportuna su presencia, no había manera de sacúrselo de encima; y ahora que hubiera sido necesaria su actuación para detener al audaz bandolero, ahora desaparecía de la manera más misteriosa.

Continuó llamándole con voces estentóreas y maldiciones furibundas. Elena parecía no oírle: su al-

ma vibraba sólo por el recuerdo de Dick Turpin, galante y audaz, enamorado gentil, del que tenía aún la huella en los labios.

Dick, en un rincón del bosque, había vuelto a vestirse de oficial y apareció a los pocos momentos, mirando de reojo a Elena, que continuaba aún como iluminada por el éxtasis.

—¿Me llama Vuestra Gracia?

—¿Mi Gracia? ¡Maldita la gracia!... Me he quedado ronco de llamarle. ¿Sabe usted quién ha estado aquí?... ¡Dick Turpin!

—¿Dick Turpin?... ¡Oh, oh!

Y se reía, mirando a Elena, que no parecía prestarle atención, inundada todavía del recuerdo del otro hombre.

—¡Sí!... El miserable estuvo aquí, mientras usted faltaba a su deber. Pero ¿no le di a usted órdenes?...

—Como Su Excelencia me dió luego otras órdenes, yo no esperaba...

—¡Pues debió esperarlo!... El villano había anunciado su visita... Y se... se ha atrevido a... a besarla.

Dick simuló una gran indignación, pero siguió mirando amorosamente a Elena.

Ella continuaba impávida, con el recuerdo del apuesto adorador perseguido.

—¡Maldito insolente! — gritó el falso teniente, disimulando a las mil maravillas—. ¡Le mataré como a un perro!

—¡No! — dijo el conde—. ¡Ahora, no! ¡Yo, yo soy el llamado a vengar esta afrenta!... ¡Le mataré cuando me encuentre a solas con él!... ¡Sí, yo, sí! ¡Maldito!...

Y agregó en voz muy baja:

—¡No nos deje solos, teniente!

* * *

Aquella misma noche lady Elena había recibido un billetito perfumado que decía así:

Lady Elena:

Me atormenta el recuerdo de vuestra hermosura. Esta noche lo arriesgaré todo por verla. Subiré hasta el balcón de vuestro aposento.

Rendidamente,

Dick Turpin.

Una dulce emoción se había apoderado de ella. Temía y deseaba a la vez esa entrevista. Le daba miedo el oír la voz de aquel hombre que la arrullaba, que la hacía soñar con una vida no vivida nunca, en un amor de aventura y de fantasía. Pero al propio tiempo, le agradaba la idea de poder estar con él, sentir otra vez sus palabras delicadas y generosas, de amador que todo lo arriesga por la amada y que, llevado de su romanticismo exaltado, no repara en medios para lograrla.

Elena no había amado nunca de veras a nadie. Antes se resignaba a ser la esposa del viejo conde, considerando que su vida debía estar formada por un eslabón de sacrificios. Pero desde el día en que viera a Dick Turpin, en que el bandolero generoso y gentil tuvo para ella las frases más ardientes y los conceptos más bellos, sintióse prisionera de él.

Temía que viniera, pero íntimamente lo deseaba. ¡Oh, verle el rostro, quitarle la máscara y ver cómo era aquella cara oculta siempre y de la que ella sólo distinguía una mirada brillante y una sonrisa encendida y maravillosa!

Dick, en su papel de teniente Barclay, entró en las habitaciones de Elena y empezó a cerrar herméticamente todas las puertas y ventanas cerciorándose de que todos los cerrojos estaban bien ajustados.

—Pero ¿qué hace usted? — le preguntó Elena.

—Toda precaución es insuficiente.

—Pero es ridículo...

—De todos modos, Dick Turpin es un osado y hay que estar prevenido.

Y continuaba cerrándolo todo. Elena aparecía un poco contrariada.

—No sé por qué se molesta usted tanto. De veras, creo que es exagerado.

Dick sonrió.

—No hay que fiarse de Dick Turpin. Aunque espero tenerle pronto como blanco de mis balas... ¡Eh! ¿No ha oído usted?

Y prestó atención, convencido de que se había escuchado algún rumor anormal.

—¡No he oído nada!

—Sí, sí. ¡Alguien anda por ahí!

—No, no. ¡Se equivoca usted!

Pero Dick desenvainó la espada y avanzó cautelosamente hacia un cuartito contiguo cuyo puerta estaba oculta por una cortina.

—¡Salga quien sea!... ¡A la una! ¡A las dos! ¡A las tres!...

Y con la punta del sable empezó a pinchar la cortina, como si alguien estuviese oculto tras ella. Pero no fué así. La descorrió y no apareció nadie.

Elena suspiró, aliviada.

—¿Ve usted?

—Pues yo hubiera jurado que había alguien.

Deseaba Dick con todos aquellos temores justificar su conducta de precaución y la vigilancia que le habían ordenado ejerciese.

Elena, que había por un momento temido que "El Caballero de la noche" estuviera oculto en aquel cuarto, le dijo:

—¿Ve usted cómo no?... Es que está usted preocupado... nervioso. Eso es. ¡Está usted nervioso!

—¿Nervioso?

—Sí. Y puesto que todo está arreglado y corridos todos los cerrojos, ¿por qué no aprovecha unas horas de descanso?

Anhelaba que él se marchase, pensando en la posible visita del hombre superior a todos los conocidos.

El teniente simuló acceder.

—Bien quisiera... pero el deber es el deber.

Elena le sonrió nuevamente.

—Márchese. Nadie lo sabrá.

—¿No le dirá nada al conde?

—¡Por Dios, no!

—Entonces, mil gracias, lady Elena... ¡Buenas noches!

Y saludándola con verdadera admiración, le besó la mano.

—¡Buenas noches! — dijo Elena, sonriente y agradecida al teniente, que le dejaba el campo libre. Ya no le tenía la antipatía de antes; a cada momento parecía aumentar en ella su estimación.

Dick salió, y al hallarse ante la puerta del jardín, volvióse lentamente y volvió a saludar.

—¡Buenas noches!

—¡Buenas noches!

Y cuando Elena le vió partir, suspiró con alegría, y entonces, muy cautamente, con el alma atemorizada por lo que estaba haciendo, fué a la puerta del jardín y la dejó entornada. ¿Vendría Dick? ¿Cumpliría el galante caballero su promesa?

Dick había visto la acción de Elena y una sonrisa de triunfo pasó por sus labios. ¡Admirable mujercita! No tardaría en ir a ella y acariciarla y confesarle su amor...

* * *

Sintió Elena pasos y vió de pronto avanzar cautelosamente con su capa y su antifaz negros a "El Caballero de la noche".

Extasiada, como iluminada por una luz de amor que le impidiera darse cuenta de todo lo demás, vió como Dick adelantaba hacia ella y recitaba dulcemente, mientras los labios, labios de fuego y de juventud, seguían teniendo una sonrisa perenne:

La noche se hizo para amar
Y un fiel amante soy.
La noche es para soñar
Y ante un sueño estoy.

Se fué acercando, enlazó por el talle a la única mujer que había querido de veras, y apretándola mucho contra su corazón, cantó:

La noche cuando llega
Aliento mi fervor.
Yo contener no puedo
Mi confesión de amor.
Amame,
En las sombras de la noche,
Amame,
Como te amo yo a ti,
Amame.
Mientras brilla la luna.
Mi más grande fortuna
Es estar junto a ti.
Amame.
Breves son las horas bellas,
Bésame,
Y en mis brazos recostada sueña...
Amame.
Como te amo yo a ti.

La canción era tan melodiosa que Elena se sentía transportada a un paraíso ideal, ultraterreno, donde sólo el amor fuera el único objeto de la vida. No veía en aquel hombre al bandido, al aventurero, al perseguido de la justicia, sino al compañero de la existencia, al hombre elegido entre millones de hombres, señalado por el destino para hacer su felicidad... Y pensaba morirse en sus brazos cuando él repetía, llevándola hasta cerca del jardín, en el mirador donde la noche extendía sus estrellas, la canción divina que poetizaba el amor.

Bien ajeno a lo que pudiera ocurrir en las habitaciones de su prometida, el conde Churlton estaba realizando su "toilette" en aquellos precisos instantes. Se había quitado la negra peluca que cubría durante el día su calva total y la peinaba, mientras cantaba a media voz con un entusiasmo creciente que de vez

en cuando le hacia dar ardorosos besos al cabello postizo.

Amame,
En las sombras de la noche.
Amame,
Como te amo yo a ti.

Y por su parte el barón Fenwick, en su habitación y acariciando una botella de licor ya casi vacía, cantaba también:

Amame,
Mientras brille la luna,
Mi más grande fortuna
Es estar junto a ti...

Aquella canción era fría en los labios de los dos hombres, pero ardiente, encendida como la llama inmortal del amor cuando los dos enamorados la seguían cantando a la luz de la noche serena.

Dick, locamente enamorado, tenía en su brazos a la enamorada y cantaba con emoción infinita.

Amame,
Mientras brillen las estrellas.

Y Elena, rendida a su vez, murmuraba:

Amame,
Breves son las horas bellas.

A lo que respondía Dick:

Bésame,
Y en mis brazos recostada sueña...
Amame,
Como te amo yo a ti...

Permanecieron un rato en silencio, besándose, sintiendo el mutuo calor de sus cuerpos juveniles, que a través de los besos parecían buscar el alma.

Elena, al fin, pareció salir de su éxtasis amoroso, y contempló fijamente a aquel hombre, cuyos ojos a través del antifaz brillaban como hogueras de pasión.

—¿Por qué no me deja verle la cara?... Quiero saber cómo es usted...

El fué retrocediendo, como asustado ante la idea de descubrir finalmente su personalidad.

—No. Tengo miedo.

—¿Miedo?... ¿Usted?...

—Por primera vez en mi vida.

Y hablaba sinceramente, pensando que acaso Elena, cuando descubriera que el bandido y el oficial eran una misma persona, se arrepintiera de quererle, considerándose burlada.

Pero Elena insistía, ávida de curiosidad.

—¿Es que mi amor no vale la pena de que se descubra usted noblemente? ¿Teme, acaso, que pueda delatarle? ¿No tiene confianza en mí?

—¡Oh, por Dios!

—¿Por qué, entonces, no se quita esa máscara?

Dick dudó unos momentos, pero comprendiendo que ella estaba en

razón al pretender conocerle, murmuró:

—Bien. Hágalo usted misma.

Y esperó, inquieto, que ella hiciera el descubrimiento.

Llena de ilusión, ella le quitó la máscara, y al reconocer al teniente Barclay, un grito de cólera surgió de su garganta a tiempo que su mano, sin poder contenerse, le cruzaba el rostro ante aquella burla.

—¡Oh! ¡Impostor! ¡Embustero! ¡Farsante!

Dick estaba pálido. Con los ojos bajos parecía no acertar a responder a Lady Elena.

Esta, roja de cólera, viendo que aquel hombre se había valido de malas artes para acercarse a su amor, ella que quería verlo puro, claro, sin engaños ni subterfugios de ningún género, continuó con creciente excitación:

—¡Farsante!... ¿Cómo se atreve a venir aquí, disfrazado de oficial?

—Lo hice por estar cerca de usted.

—¡Mentira! Vino para robar, y supongo que todos esos soldados que ha traído aquí serán dignos compañeros de usted...

Dick guardó silencio y Elena siguió echándole en cara la burla de que le había hecho objeto, las artimañas que él había usado para acercarse a ella. Parecía humillada de que Dick hubiera realizado aquella farsa, mintiéndole seguramente un amor que no sentía...

Y entretanto, llamaban insistentemente a la puerta del palacio con rudos golpes, a tiempo que una voz enérgica y furiosa gritaba:

—¡Abran en nombre del rey! ¡Abran en nombre del rey!

Un criado se apresuró a franquear la puerta al que con tanta energía se expresaba y penetraron en el palacio varios hombres.

—¡Pronto!—dijo un hombre joven, en mangas de camisa—. ¡Avisa a tu amo! ¡Nos ha asaltado Dick Turpin, robándonos nuestros uniformes!

Churlton y Fenwick, atraídos por el griterío, aparecieron en el hall, con sus batines y gorros de dormir. Al oír lo que acababa de decir el verdadero teniente, se llevaron las manos a la cabeza.

—¡Dick Turpin!—gritó Churlton, horrorizado—. ¡Santo cielo! ¡Ha estado aquí con Elena todo el día!.... ¡Y estará ahí ahora con ella! ¡Oh, oh!

—¡El miserable!—clamó Fenwick—. ¡Mi pobre sobrina!

—¡Oh, no pierdan tiempo, soldados, no pierdan tiempo!!... Por ahí, por ahí. ¡Hay que coger a ese hombre!

Y subieron la gran escalera que conducía a las habitaciones destinadas a lady Elena.

De pronto descubrieron en lo al-

to de la escalera a Tom, que al verles escapó precipitadamente.

—¡Ese es uno de ellos!—gritó Churlton, furioso—. ¡A él! ¡A él!

Y todos emprendieron su persecución.

Ajenos a lo que sucedía, como si sus pasiones fueran lo único que existiese en la tierra, Elena y Dick continuaban discutiendo.

—¡Ah, qué mentira! — decía Elena—. Pero todo eso era lo que debía haber esperado de un fanfarrón de taberna...

Dick la miraba sonriente, ya más sereno de sí mismo, y considerando lo injustificadas que eran las protestas de la joven.

—¿Preferiría usted entonces la capa y el antifaz?

—Va usted a ver lo que prefiero... Le voy a decir al conde ahora mismo que el castillo está lleno de ladrones... y que usted se ha estado burlando de nosotros.

Tom apareció por una puertecilla lateral y dijo con pánico:

—¿De ladrones? ¡No! De... soldados, querrá decir... Está el verdadero teniente Barclay y sus hombres. Nos van a coger.

—¡Maldición!

Sonaban ya recios golpes en la puerta y una voz enérgica que decía:

—¡Abran en nombre de su Majestad!... ¡Abrid la puerta!

Elena vaciló. Su primer impulso fué entregar al hombre que ella creía que había ido al palacio para robar y no únicamente en aras de su amor. Pero el cariño que sentía por Dick era tan vivo, tan ardiente, a pesar de todo, que fué incapaz de traicionarlo y no osó franquear la puerta a los perseguidores.

Dick, nervioso, advirtió a Tom, mientras los dos se disponían a salir por la puertecilla lateral:

—¡Avisa a los otros!

—¡Abran en nombre de Su Majestad!—seguía la voz a tiempo que la puerta parecía ceder al empujé avasallador de varios brazos.

Tom desapareció y Dick se dispuso a seguirle. Pero antes, mirando con emoción a Elena, le dijo:

—¡Adiós, Elena! Crea que la he amado de veras... Con toda mi alma... Y si alguna vez quiere algo de mí... en la Cañada de las Brujas...

Huyó rápidamente... y en el alma de Elena nació el deseo de que él pudiera escapar sin peligro, pues aquel incidente, a pesar de la indignación momentánea que le había causado el descubrir que el militar y el bandido eran la misma persona, no amenguó ese amor y esa inclinación delirante que siente el alma de la mujer cuando quiere por primera vez.

Ya la puerta estaba casi a punto de ceder. Elena se metió en su alcoba, simulando que dormía.

Empujada por unos brazos impacientes abrióse la puerta de la sala y entonces salió Elena, con la tranquilidad de la mujer que no ha corrido ningún peligro.

Churlton, Fenwick, el teniente Barclay y varios soldados buscaron en todas partes al odiado y temible enemigo.

—¡Abrázame! — murmuró el conde, al cabo de un momento— ¡Te he salvado la vida!

—¿A mí? ¿De qué?

—¡El teniente Barclay... no es otro que Dick Turpin!

Ella simuló una gran sorpresa, como si no lo pudiera creer.

—No, no.

—Lo que oyes. ¿Pero nada te ha sucedido, preciosa?

—Nada en absoluto. Estaba descansando cuando llamasteis...

—¿Y ese Dick?

—Se despidió de mí hace rato. Quedó afuera. No ha entrado para nada aquí.

El verdadero teniente Barclay preguntó entonces:

—¿Me permite, milady, que mis hombres registren su alcoba?

Elena sonrió.

—Si lo cree necesario, hágalo...

El teniente penetró en el cuarto contiguo, y entonces se fijó el conde Churlton que sobre un sillón había un antifaz negro, como el que usaba Dick Turpin.

Quedó sorprendido del descubrimiento... ¡Ah, caramba! ¿Es que allí había gato encerrado? ¿Es que a pesar de la negativa de Elena, Dick Turpin había estado allí? Era indudable, porque el antifaz no tenía alas para entrar solo en la habitación.

Lo ocultó entre sus manos, presa de la inquietud de los celos.

El teniente apareció poco después, luego de un registro infructuoso, y todos marcharon de nuevo, dejando a Elena con el alma henchida de emoción y un deseo vivísimo y resplandeciente en su espíritu de que Dick no cayera nunca en manos de aquella gente. Y anhelante también de volverle a ver y oír sus palabras que eran para ella miel de amor.

* * *

El conde Churlton discutía vivamente en su cuarto con el barón Fenwick, al que mostraba la máscara encontrada en las habitaciones de Elena. La idea de haber sido engañado le escamaba profundamente y Fenwick, temiendo que aquel casamiento tan deseado pudiese irse al traste, procuraba calmar su intranquilidad.

—Pero, vamos a ver—le decía—. El que el antifaz estuviera allí, no quiere decir nada.

—Nada, ¿eh? ¡Quiere decir que estuvo en su habitación! Que estuvo solo con ella, sí, señor.

—¡No, no! Ella no sabía que Dick Turpin estaba en el palacio. No se puede culpar por una leve sospecha.

Pero Churlton mostraba ahora la carta enviada por Dick Turpin, anunciando su visita a Elena.

—Vamos... ¿Querréis decir que el haber encontrado esta carta en las mismas habitaciones de vuestra sobrina es una leve sospecha?

—No... claro... Eso, no. Pero yo haré que se explique... os prometo arrancarle la verdad.

El conde guardó unos minutos de silencio y luego dijo:

—Con eso no conseguiremos cazar a Dick Turpin. Yo tengo un plan mucho más inteligente. Acompañadme.

—Pero...

—Me dice el corazón que ella sabe dónde está escondido ese miserable. Pues conviene que Elena, sin querer, nos muestre el camino, para cazarlo... Y una vez ahorcado ese caballerito, sólo entonces me casaré tranquilamente con Elena, barón.

—¡Bien, bien! ¡Admirable!

Los dos se dirigieron hacia el cuarto de Elena. Ella, que estaba nerviosísima a causa de las emociones de aquella jornada, procuró sonreír al ver entrar a los dos hombres.

—¡Gratísimas nuevas, querida mía!—dijo Churlton, disimulando su enojo a la perfección.

Experimentó la joven un salto en el corazón.

—¿Pues qué? ¿Lo han encontrado?

—No, pero casi, casi... Esta vez

no se les escapa de las uñas... Conocen su escondite.

Y se frotaba alegremente las manos

—¿De veras?—murmuró Elena, casi desfallecida.

—Sí—corroboró el barón—, y antes de que amanezca le habrán echado el guante... y entonces...

—... veremos un palmo de lengua del caballero Dick Turpin—acabó el conde, completando la frase.

Elena se estremeció.

Marcharon los dos aristócratas, y quedó la pobre enamorada entre una confusión de dudas y de temores.

¡Dios mío! ¿Qué hacer? ¿No sería demasiada humillación ir a advertir a Dick Turpin del grave peligro que corría? Pero ¿iba a consentir no avisarle, cuando, a pesar de todo, era él la luz y la vida de su alma?

No vaciló demasiado tiempo. Estaba dominada por el imperativo supremo del amor y todo lo sacrificaba a su fuerza. Iría a verle a la cañada del bosque.

Y procurando que nadie la viese, salió en dirección al bosque.

Ignoraba que Charlton y los soldados la estaban espiando y que cautelosamente la seguían, seguros esta vez de que iban a dar con el verdadero escondite del bandido.

* * *

Entre la espesura del bosque Dick Turpin y su escudero Tom comentaban el fin inesperado de aquella jornada.

Tom se lamentaba de su mala suerte.

—Cinco minutos más y hubiera conseguido aligerar de peso el cofre de las onzas del conde. No volveré a tener ocasión como la que he perdido.

Dick se encogió de hombros. Su mirada se perdió en la lejanía como si buscara unos ojos muy amados de mujer, y repitió como un eco:

—No volveré a tener ocasión como la que he perdido.

—Parece que te ha llegado al corazón, ¿eh?

—Directamente.

Una mujer apareció en aquel instante, Elena, que corría a refugiarse en los brazos temblorosos de Dick.

—¡Oh, Elena! ¡Tú!

—¡Huye! ¡Te van a prender! ¡Saben que estás aquí!

Tom al escuchar aquellas palabras se retiró para reunirse con su gente, pero Dick, radiante de emoción porque aquella mujer había ido a verle, le dijo, abrazándola con ternura:

—Pero yo sé algo más importante aún... que estás aquí... que has venido por mí... ¡que me quieres!

Ya no se avergonzó Elena de su humillación ni de confesar ese amor, de decirle que había olvidado su enojo y le quería, y se estrechó en sus brazos, pensando en todo lo que significaba aquel hombre, deseando ser adorada por él.

—Dick, no podré vivir lejos de tu lado. ¡Llévame contigo!

—¡Sí, adorada, sí!

Y, abrazándose, se olvidaron de la persecución de que eran objeto y echaron a andar por el bosque, deteniéndose junto a un árbol, al pie del cual, Dick, emocionado, le susurró entre besos:

Muy lejos de aquí
Buscaremos la paz
Las horas de amor
Que soñamos,
Así junto a mí
Te deseo conservar.
Nunca me dejes de amar.
¡Oh, mi Elena!
Me quieres tú,
Te adoro yo.
Mil dichas podremos gozar
Unidos por siempre,
Amándonos siempre
La vida feliz pasará.
Me quieres tú,
Te adoro yo.
No hay dicha mayor que desear
En gloria sin fin
Tu cuerpo estrechar
Y siempre tus labios besar.

En su alejamiento de todo lo del mundo, no se fijaron en que se acercaban el conde de Churlton y varios soldados que habían seguido a Elena hasta allí, seguros de dar con el escondite de Dick, y no se habían equivocado.

Una carcajada insolente y brutal hirió los oídos de los dos jóvenes, que sorprendidos miraron en torno y vieron a varios hombres amenazándoles convenientemente armados.

Dick miró a todos lados para escapar, pero era ya imposible. Le habían cercado; estaba rodeado por todas partes.

—¡Muchas gracias, querida lady Elena, por la cabeza de Dick Turpin! No podías haber encontrado un regalo de boda que fuera más de mi gusto—dijo el conde con insolencia.

Elena le miró furiosa. Jamás le había parecido tan repugnante aquel hombre. En su alma se levantó la implacable negativa de pertenecer al conde, aunque todas las fuerzas de la tierra lo quisieran.

—¿Mi regalo? ¡Ahí va mi regalo de boda!—exclamó con indignación.

Y le arrojó despectivamente el anillo de prometida, mientras abrazaba a Dick, para demostrar al conde que su único amor era el de "El caballero de la noche".

Furioso por el desprecio, deseando acabar de una vez, Churlton gritó:

—¡Prended a ese hombre!

Unos esbirros se arrojaron contra Dick, sujetándole e impidiéndole

todo movimiento. Pero Dick, sereno y audaz, lamentando únicamente tener que separarse de la novia adorada, aun lanzó al cielo el impetuoso grito de rebelión y de protesta, mientras Elena se echaba a llorar al verle preso:

Herid sin miedo al bandolero
Vos que la justicia sabéis aplicar.
Yo con mi muerte alumbraré el sendero
Que lleva al pueblo hacia la libertad.

* *

La causa se substanció rápidamente. Churlton quería acabar de una vez con la vida de Dick Turpin. Y ya no era sólo la humillación a su autoridad y el deseo de vengarse lo que le impelía a buscar la muerte de él: eran los celos, los feroces celos que le hacían anhelar ver colgado de la horca al rival que había tenido sobre sus labios los labios divinos de Elena.

Deseando hacerle apurar todo el acibar de su venganza, Churlton estuvo a ver a Dick Turpin a la prisión desde donde se oían ya los martillazos de la cercana plaza donde se estaba levantando la horca.

Unos sujetos entraron un ataúd en el calabozo, la caja fúnebre que tendría que encerrar el cuerpo de Dick. Churlton había querido enviársela personalmente y ahora miraba a Dick, que no parecía perder su serenidad ante el macabro regalito.

Apoyándose en su bastón, el conde sonreía con cinismo.

—Quiero corresponder así a vuestros excelentes servicios, *teniente Barclay*.

Sonriente y con la tranquilidad

del hombre que confía en su suerte, respondió mientras pegaba un golpecito a la caja mortuoria:

—¡Oh, conde! ¿Por qué se ha molestado?

—No vale nada, pero la intención...

—Siento no haber podido robar algo en vuestro castillo... Os hubiera hecho un excelente regalo, para corresponder así a tanta gentileza... pero hay algo que, aunque pobre, os puedo ofrecer en cambio.

Hablaba serenamente, con un aplomo que chocaba con su gravísima situación. Pero Dick era de los hombres a quienes no asusta la muerte. Si ésta llegaba un día, ella sería la corona de una vida ilegal, pero simpática, dedicada a los menesterosos.

Churlton estaba desconcertado. ¡Con lo que él hubiera deseado ver a Dick temblar y llorar como un chiquillo! Pero ¡ah! aquel hombre tenía la firmeza del acero.

—¿Y qué me podéis ofrecer?—murmuró.

—Consejos.

—¡Oh!

—Sí, mirad. ¿Ve estas abejas Vuestra Excelencia?

Y le mostró un panal que las abejas habían construído en lo alto de la rezumante pared.

—Sí, ¿y eso qué tiene ver?

—Que son poco más o menos como los hombres... Dentro de la colmena hay diferentes castas... en cada panal hay una lady Elena, que es la reina.

—Muy interesante... Y decidme: ¿hay nobles como yo?

—Sí, Excelencia... Los zánganos, los que viven del trabajo de los demás.

Y miró tan fijamente y con tanta mofa a Churlton, que éste sintió el picotazo de la injuria.

—¡Cuidado, jovenzuelo!—murmuró, airado.

—Es Vuestra Señoría quien debería cuidarse bien.

—¿Por qué?

—Porque llega siempre un día en que las abejas se cansan de los zánganos... y acaban con ellos.

Churlton se alejó, mirándole con desprecio.

—¡Ja, ja, ja! ¿Abejas? ¡Ja, ja, ja!

Pero en el fondo él se sentía en mala situación viendo que no había modo de vencer la serenidad y el orgullo del bandido. Pero no esta-

ba todo terminado. Cuando se viese junto a la horca en el último minuto de su vida, entonces, variarían las cosas y desaparecería por entero aquella sonrisita audaz. ¡Malvado! ¡Cómo le odiaba! Deseaba verle morir. Pensaba que una vez desaparecido Dick, no le sería difícil reconquistar el terreno perdido cerca de Lady Elena.

* * *

Había llegado la hora de la ejecución de Dick Turpin y el pueblo se había congregado por entero en la plaza, pero no era ya el pueblo indiferente o alegre de las anteriores ejecuciones que las presenciaba como un espectáculo interesante. Ahora se pretendía ejecutar a un ídolo, al héroe popular, al temible bandido Dick Turpin, al hombre que despojaba a los ricos para favorecer a los que nada tenían... El furor vibraba en todos los corazones, pero contenido prudentemente por los numerosos guardias que formaban un cuadro alrededor de la plaza, impidiendo a duras penas el hervor de una multitud pronta a la rebelión.

Tom y sus hombres no perdían el tiempo. Habían acordado un plan para salvar la vida de Dick Turpin, plan audaz, pero en el que confiaban en aquel momento supremo. El mismo Tom había hecho partícipe de él a Elena, que había pasado unos días de sufrimiento dolorosísimo, de terrible amargor y que no pudo ir nunca a la prisión, a pesar de las súplicas para que le concediesen ver a Dick. Tom la tranquilizó, asegurando que Dick

iba a salir libre. Y ella, que tenía una confianza y una fe ciegas en la banda de Turpin, vió llegar aquel día de la ejecución con la esperanza de que el destino no desampararía a su amor.

Tom entró en una de las tabernas de la plaza, donde se hallaba el verdugo ya cubierto con un sayal rojo y esperando el momento de su trabajo. Había entrado a refugiarse allí, pues a su paso por la calle, el pueblo lanzaba improperios contra él y protestaba furiosamente contra su presencia.

Sonriente, Tom, procurando inspirar confianza al hombre del capuchón rojo, al satánico sujeto que realizaba el más innoble de los oficios, avanzó hacia él y le dió unas palmaditas en la espalda.

—¿Qué hay, amigo? ¿Qué se hace?

El verdugo, acostumbrado al desprecio general, le miró con recelo e iba ya a marcharse cuando Tom le retuvo sonriente:

—¡No se vaya, hombre, no se vaya!... ¡Eh, tú... mozo! Tráenos unas copas de aguardiente... El señor verdugo debe tener la mano firme para ahorcar a Dick Turpin.

—¡Eso sí es verdad! — dijo el verdugo, a quien no desagradaba el vino ni beberlo sin costarle un céntimo.

—¡Pues, a beber... a beber!

El mozo dejó en la mesa una botella de aguardiente y Tom llenó dos vasos, brindando por el verdugo:

—¡Salud! No todos los días se tiene la oportunidad de poder convidar a un benemérito así del pueblo...

El ejecutor de la justicia se bebió uno tras otro varios vasitos, mientras su repugnante rostro iba animándose por momentos.

—¡Gracias! — dijo adquiriendo confianza en aquel desconocido que le trataba tan espléndidamente—. La verdad, señor, es que tampoco se ahorca a Dick Turpin todos los días.

—No, señor, con una vez es suficiente.

—¡Ja, ja!... No está mal eso... con una vez es suficiente... ¡Ja, ja! Tabernero, vengan otras copas...

—¡Sí... sí!.. ¡A beber!

Le hizo Tom probar toda clase de vinos hasta que el verdugo comenzó a hallarse en un estado lamentable.

—¡Ja, ja! ¡Esta ronda no la paga nadie más que yo!... ¡Ja, ja!

—Tu nombre pasará a la historia, compañero, porque hoy ejecutarás al hombre más celebre de Inglaterra.

—¡Sí... sí!

Varios hombres de la banda de Tom se hallaban en la taberna y junto a la puerta esperando el momento en que el verdugo estuviera fuera de combate.

De pronto se oyeron voces de una gran multitud por la que se abría paso una comitiva trágica.

—¡Ahí viene!... ¡Ahí viene!

El verdugo al oír aquellas voces intentó incorporarse.

—Bueno... yo me tengo que ir ya... tengo que hacer...

—Acaba antes esa copa... Así estarás más firme.

—¡Bueno! ¡Una nada más!

Bebió otra copa, y luego otra más, hasta que el miserable se desplomó sobre la silla en una especie de sopor y luego quedó profundamente dormido.

Ahogó Tom un grito de entusiasmo. ¡Estaba salvado! Todo iba bien. Con la complicidad de todas las gentes que había en la taberna y que deseaban ardientemente la libertad de Dick, se vistió el traje rojo del verdugo, cubrióse el rostro con la máscara encarnada y salió a la calle, donde la efervecencia era enorme.

Momentos antes había llegado en una carreta, sentado en el ataúd, Dick Turpin.

Sonreía y cantaba alegremente, como si en vez de ir a la muerte, fuera a algún festín de bodas. El pueblo lo aclamaba tras las filas de guardias, impidiéndole casi avanzar, mientras muchas mujeres lloraban y miraban a los hombres con ira. ¿Por qué no se lanzaban a salvarle, cobardes? ¿Es que iban a consentir que acabara su vida aquel buen protector de los pobres?

Desde su tribuna, Churlton y Fenwick contemplaban el paso del condenado. Al verles, Dick les sonrió.

Churlton murmuró temblando de ira:

—Sí... sí... ríete... mientras puedas, que pronto vas a estar bailando en el aire...

Tom, vestido de verdugo, a punto estuvo de acabar sus días entre las manos del pueblo airado que al verle le llenó de improperios, de insultos, pretendiendo linchar al

hombre que con su intervención acabaría con la vida de Dick.

Una pareja de soldados acudió en su auxilio y mal lo hubiera pasado sin ellos hasta llegar a la horca, pues el pueblo se amotinaba cada vez más y la visión del vestido rojo había puesto en los ojos de todos reflejos de sangre.

Después de un gran esfuerzo y creyendo a cada momento Tom que iba a ser arrollado por el buen pueblo, con lo cual todo se echaría a perder, pudo llegar hasta el sitio donde se levantaba la horca y en el que se hallaba ya Dick con el cuello desnudo y pronto a sentir la caricia implacable de la soga.

Lamentaba Dick tener que morir ahora que la vida le iba a dar el premio incomparable del amor. Pero el destino lo había querido así, y sonriente daría al verdugo su cabeza. Sin embargo, en su imaginación vibraba una secreta confianza: la de que el ingenio inagotable de sus amigos le salvara en aquel trance fatal y que ocurriera alguna cosa que le permitiera usar de algo que llevaba a prevención bien oculto.

Sonreía a la tribuna presidencial, donde estaban los dos odiosos sujetos. No le verían temblar ni aun en la mueca postrera.

Al ver al verdugo le miró sin ira, con la indiferencia del hombre superior. Ignoraba que tras aquella máscara roja se ocultaba su mejor amigo pronto a salvarle y a provocar una perturbación general.

Fenwick gritó al verdugo:

—Vamos, verdugo, a ver qué tal te portas... ¡Ja, ja, ja!

Dick se hallaba de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho y en espera del momento de la muerte. Su único recuerdo sería el de Elena. Si no le salvaban, con la imagen de ella grabada en el alma marcharía hacia la eternidad seguro de que más allá de la vida seguiría adorando a la enamorada.

Junto a él había colocado el ataúd en el que tenía que ser enterrado.

Tom parecía un poco atolondrado, comprendiendo la inmensa responsabilidad de aquel instante. Viéndole apretar la cuerda y cerciorarse de que funcionaba el nudo corredizo, Dick miró al verdugo y le dijo:

—Crees que será bastante segura?

Entonces Tom le murmuró al oí-

do con una incomparable emoción:

—¡Cállate, Dick!... ¡Soy yo, Tom!

—¿Tú?

La emoción estuvo a punto de vencerle, sintió el deseo de abrazar al amigo leal que contra tantos peligros llegaba a suplantar, para salvarle, la misma personalidad del verdugo.

—Sí... Tengo preparada toda la gente. Provocaré un tumulto.

—Entiendo—dijo Dick—. Gracias... gracias... Pero, y ella, ¿dónde está?

—Esperando en aquel coche de allí... ¿La ves?

Distinguió Dick a lo lejos un carruaje en el que estaba la bella Elena aguardando con emoción el desarrollo de los acontecimientos. El amor le daba una fuerza optimista y valerosa. Estaba segura de que todo iba a ir bien y de que dentro de pocos momentos Dick quedaría libre.

Mientras Dick y Tom concretaban el plan a realizar, con el suficiente disimulo para que la combinación no hiciera sospechar a nadie, el conde Churlton se impacientaba ante la tardanza.

—¿Acabarás de una vez, verdugo del diablo?... ¿Tanto tiempo para un nudo corredizo?

—Si es tan fácil, ¿por qué no lo hace Vuestra Excelencia?—le gritó Dick.

—¿Qué te crees? ¿Que me temblaría el pulso, bergante?... ¡Vamos, Fenwick!

—Pero...

—Quiero ser yo mismo quien le ejecute... A ver si tiene la misma agilidad para bailar en la cuerda que para subirse a los balcones.

Y seguido de Fenwick avanzó hacia el sitio de la ejecución, mientras el pueblo, con grandes gritos, expresaba su violenta protesta contra aquella crueldad.

Dick advirtió sonriente a su amigo Tom:

—Cuando lleguen aquí, abre la caja.

Dentro de ella, el audaz "Caballero de la noche" había puesto la colmena de abejas que tenía en la prisión. Con esa agudez de ingenio de los momentos supremos, pensó que tal vez la ayuda de aquellas nobles trabajadoras no sería despreciable. Tenía ya antes la confianza de que sus buenos amigos realizarían algo en favor de él, algún alboroto, algún tumulto, para

salvarle. Y para aquel instante, reservaba él las abejas, que serían de una eficacia extraordinaria. Y la suerte le favorecía, pues, en efecto, tendría ocasión de que le fueran de utilidad...

El conde Churlton miró con infinito desprecio a Dick Turpin, que pronto iba a conocer las angustias de la muerte, cogió la soga y comenzó a examinarla, convenciéndose de que era lo bastante recia para resistir el cuerpo del bandido.

—Es fuerte, ¿eh?—dijo con una sonrisa malvada—. No es tan suave como los brazos de lady Elena... Por esta vez, tu fábula va a cambiar su final. Es el zángano el que se las entiende con las abejas...

Pero había llegado el momento de actuar. El supuesto verdugo dió un grito, algo así como una voz de combate que provocó en el acto las iras y el tumulto de sus partidarios desparramados por la plaza. Al propio tiempo, ya abierto el ataúd, Dick dió un empujón al conde y arrebatándole el bastón rompió con él el panal de abejas y éstas, irritadas, comenzaron a volar. A continuación, el bravo aventurero arrojó dentro de la caja al sorprendido conde y las abejas clavaron sobre el aristócrata sus afilados dardos.

De un salto Dick y su amigo Tom huyeron de la horca, entre la confusión formidable de la gente ante aquel acontecimiento inesperado y la nube de abejas, que se esparció en el aire sembrando el pánico y el terror en todos partes, haciendo huir a la multitud a la desbandada, pues todo el mundo sufría o temía sufrir las picaduras de aquellos insectos a los que se había dado tan violenta libertad.

La agitación era inmensa en la plaza y en las calles inmediatas. Al rumor provocado por la fuga de Dick y la extraña actitud del verdugo, se juntaba la nube de centenares de abejas.

Las gentes huían, entraban en las casas, procuraban buscar algún refugio para librarse de los aguijones, y había supuestos tullidos que encogidos en un carro imploraban por lástima la caridad pública, que recobraron como por milagro la salud y huyeron a todo correr.

Los soldados, a pesar de las infernales abejas, querían cumplir noblemente con su deber y perseguían al fugitivo, el cual, protegido

por la ayuda cariñosa del pueblo, que se oponía como un muro a las tropas, conseguía poco a poco acercarse al coche donde aguardaba su adorada novia, consiguiendo al fin su propósito.

Emocionada, Elena le estrechó contra su corazón, y ya acomodado en su coche el bravo luchador, dió orden para que el carruaje partiese inmediatamente, lo cual hizo entre las ovaciones y los cánticos del pueblo.

Alegres vivan
Los nuevos amantes,
Los que adorarse
Se juran constantes.
Su nueva vida
Dulce sueño será
Y completa su felicidad.
Alegres vivan
Los nuevos amantes,
Los que adorarse
Se juran constantes.
Por siempre vivan
Felices, unidos
En el amor.

El coche salió de la ciudad. Los enamorados montarían a caballo y marcharían lejos, donde poder esperar nuevos días de ventura.

Dick no dejaría su profesión, continuaría siendo la alegría de los pobres y el terror de los que, teniéndolo todo, no se acordaban de los necesitados.

Y en cuanto al conde Churlton, bien escarmentado había quedado, seguramente.

¡Mala jornada la suya! Había perdido a la novia... y no había ganado la victoria sobre Dick. Porque éste seguiría atormentándole, luchador y magnífico, pletórico de nuevas energías y ansioso de triunfos que ofrecer a la esposa, su mejor ideal.

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA PAPA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería, Diarios, Revistas, y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16. - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales

de

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS

La viuda alegre.
El gran desfile.
Miguel Strogoff o el Correo del Zar.
La princesa que supo amar.
El coche número 13.
Sin familia.
Mare Nostrum.
Mancia, el hombre que se vendió.
Cobra.
El fin de Monecarlo.
Vida bohemia.
Zaza.
¡Adiós, juventud!
El judío errante.
La mujer desnuda.
La tía Ramona.
Casanova.
Hotel imperial.
Don Juan, el burlador de Sevilla.
Noche nupcial.
El séptimo cielo.
Bazar Gexta.
Los vencedores del fuego.
La marquesa de oro.
Ben-Hur.
El demonio y la carne.
La rosaleda del Líbano.
La tierra de todos.
Tripoli.
El rey de reyes.
La ciudad castigada.
Sangre y arena.
Aguilas triunfantes.
El sargento Malacara.
El caballero Sorrell.
El jardín del edén.
La princesa mártir.
Ramona.
Dos amantes.
El príncipe estudiante.
Ana Karenina.
El destino de la carne.
La mujer divina.
Alma.
Cuatro hijos.
El carnaval de Venecia.
El ángel de la calle.
La última cita.
El enemigo.
Amames.
Moulin Rouge.
La bailarina de la Opera.
Hon Alí.
Los cuatro diablos.
¡Ríe, payaso, ríe!
Volga, Volga.
La alfombra pateática.
Un cierto muchacho.
¡Nostalgia!...
La ruta de Singapore.
La estrella.
Mister Wu.
Remorder.
El despertar.
Las tres pasiones.
La melodía del amor.
Cristina, la Holandesita.
¡Viva Madrid, que es mi pueblo!
Sombras blancas.
La copla andaluza.
Los cosacos.
Ivanoe.
El conde de Monecristo.
La mujer ligera.
Vírgenes modernas.
El pagano de Tahití.
Perrillas dichosas.
La senda del 36.
Soko es el diablo.
Repetirpos.
Evangeline.
Orquídeas salvajes.
El caballero.
Kodama.
La máscara del diablo.
El gran maestro de cada día.
Vieja hidalguía.
Prometeo.
Tentación.
La pecadora.
El beso.
Hijo se va a la guerra.
Los hijos de nadie.
El pescador de perlas.
Santa Isabel de Cerne.
Las dos huérfanas.
La canalla de la estepa.
El precio de un beso.
La rapsodia del recuerdo.
Delikatessen.
Del mismo barro.
Estrellados.
Cuatro de Infantería.
Olympia.
Monsieur Sans-Gêne.
Sombras de gloria.
Marina.
Ladrón de amor.
Molly (la gran parada).
El valiente.
¡De frente... marchen!
Prim.
El predilín.
Romance.
El gran charro.
Tempestad.
El dios del mar.
Anne Christie.
Sevilla de mis amores.
Horizontes nuevos.
Ben-Hur (edición popular).
La incorregible.
El malo.
El navío real.
Bajo los techos de París.
Wu-li-Chang.
Monzaemio.
Cazpino del infierno.
¡Mío cerro!
¡Aleluya!
La mujer que amamos.
Al cumplir de 36.
La princesa se enamora.
Amanecer de amor.
El gran desfile (edición popular).
Du Barry, mujer de pasión.
La viuda alegre (edición popular).
Angeles del infierno.
Cuerpo y alma.
El impostor.
Epoca a medias.
Esclavas de la moda.
Petit Café.
Hay que casar al príncipe.
Insaciación.
El proceso de Mary Dugan.
En cada puerto un amor.
Marruecos.
¿Conoces a tu mujer?
El millón.
La mujer X.
Gente alegre.
Mar de fondo.
La llama sagrada.
La ley del harén.
La fruta amarga.
Vidas truncadas.
La hora del mar.
Tabú.
El pasado acusa.
Papá piernas largas.
Traer Hora.
Un yanqui en la corte del rey Arturo.
El código penal.
La pura verdad.
Maternidad, o el derecho a la vida (fuera de serie).
Carbón (La tragedia de la mina).
Kerudeerina.
Las peripecias de Skippy.
¡Qué vendita!
El camino de la vida.
Noches de Viena.
Mamá.
Gran trece.
Cheri-Bibi.
Bésame otra vez.
Camaradas de lujo.
Los hijos de la calle.
La divorciada.
Madame Satán.
¿Cuándo te suicidas?
Marianita.
El corsel amarillo.
Honrarás a tu madre.
Su última noche.
Las alegres chicas de Viena.
¡Viva la libertad!
Malvada.
El jardín del amor.
Delicioso.
Cielo rojo.
Amargo idilio.
Honor entre amantes.
Para alcanzar la luna.
El hombre que asesinó.
¡Bíndose!
La calle.
El prófugo.
Milicia de paz.
Amores de medianoche.
Miguel Strogoff o el Correo del Zar (edición popular).
La hermana de San Sulpicio.
El demonio y la carne (edición popular).
La dama misteriosa.
Los clavelles de la Virgen.
Parais de baile.
Alma libre.
Al Capone (Pánico en Chicago).
El último amor.
Muchachas de uniforme.
Marido y Mujer.
Mata-Hari.
Congorila (fuera de serie).
Carceleras.
Erase una vez un vals.
Hombres en mi vida.
Niebla.
Rebeca.
Indescriptible.
Tarzán de los monos.
El terror del hampa.
La vuelta al mundo con Douglas Fairbanks.
Chica bien.
Recién casados.
Champ (El campeón).
La zarpa del jaguar.
Los amores de José Mojica (fuera de serie).

Que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, considerada al Biblioteca más amena, selecta e interesante.

Próximo número:

¡Acontecimiento!

La magnífica superproducción interpretada por los hermanos JOHN y LIONEL BARRYMORE

Arsenio Lupin

Asunto que cautivará a todos

Precio popular: **1 peseta**

Acaba de aparecer, con extraordinario éxito

LOS AMORES DE JOSE MOJICA

Novela de amor - Cartas - Anécdotas - Interviú
8 grandes fotografías del famoso «divo»

(2 ediciones agotadas) Precio: **1 peseta**

Pídanos al Catálogo ilustrado de las selectas Ediciones Especiales y se lo remitiremos

Gratis

y sin compromiso

Coleccione la publicación ideal para muchachos

Aventuras Film

Precio: **15 céntimos**

No deje de coleccionar la nueva publicación

EXITOS CINEMATOGRAFICOS

Asuntos selectos, escogidos entre los mejores

NÚMEROS PUBLICADOS:

LA LOTERIA DEL DIABLO, por Elisa Landi, Victor Mac Laglen, etc.

LA CONDESA DE MONTECRISTO, por Brigitte Helm.

AMOR PROHIBIDO, por Adolphe Menjou y Bárbara Stanwyck.

UNA MUJER DE MALA FAMA, por Mary Christians, Hans Stowe, etc.

UNA NOCHE EN EL PARAISO, por Anny Ondra.

JAQUE AL REY, por Emile Chautard, Pauline Garon.

PARIS-MEDITERRANEO (Dos en un coche), por Annabella y Jean Murat.

PRÓXIMO NÚMERO:

PAPÁ POR AFICIÓN, por Warner Baxter y Marian Nixon.

Nutrido texto - Interesantes ilustraciones - Lujosa presentación

Precio: **50 céntimos**

¡No se deje sorprender!

Exija siempre las novelas cinematográficas de

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis. - BARCELONA

Acaba de
aparecer el nuevo
e ilustrado

CATALOGO

de las
inimitables

EDICIONES ESPECIALES

de

La Novela Semanal Cinematográfica

Pídalo en seguida y se
le remitirá, por riguroso
turno, y sin compromiso,

GRATIS

Ediciones BISTAGNE

le recomienda las siguientes publicaciones:

La Novela Cinematográfica del Hogar

32 páginas de texto. - 8 ilustraciones interiores.
Postal-regalo. **Precio** 50 cts

EL SOBRE SEMANAL

Conteniendo una novelita de cine completa con su correspondiente postal, a **15 cts.**

AVENTURAS FILM

Asuntos de emoción completos, inmejorable presentación y xcelente texto, a **15 cts.**

Colección Idolos populares

Biografía de los artistas favoritos de la juventud. Cómo se formaron. Cómo llegaron a artistas de cine.

Argumento de sus mejores creaciones.

Precio 15 cts.

Y LAS SELECTAS

EDICIONES ESPECIALES

Novelación de las mejores películas de las mejores marcas.
220 títulos publicados. **Precio: 1 peseta**

EDICIONES BISTAGNE
Pasaje de la Paz, 10 bis, BARCELONA

300

E. B.

Precio: Una peseta